

APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO POR EL CATEDRATICO DE HISTORIA DEL PERU, (I Curso) Dr. LUIS E. VALCARCEL CON MOTIVO DEL HOMENAJE A GARCILASO DE LA VEGA, EN EL CUARTO CENTENARIO DE SU NACIMIENTO.

Señor Vice Rector; Excelentísimos Señores Miembros del Cuerpo Diplomático; Señor Decano de la Facultad de Letras; Señores Decanos; Señor Presidente del Instituto Histórico; Señores Delegados; Señoras y señores:

Por honroso encargo de la Facultad de Letras de nuestra venerable Universidad de Lima, la más antigua de América, ocupo esta tribuna enaltecida por una brillante tradición intelectual, para ofreceros, así sólo sea fragmentariamente, un estudio sobre la vida y la obra del Inca Garcilaso de la Vega, cuyo nacimiento en el Cusco, un día como hoy, hace cuatrocientos años, conmemoramos orgullosos con la solemnidad dispensada a las grandes efemérides nacionales.

Intento presentaros, con alguna animación, este proceso complejo que es la existencia del autor de "Los Comentarios Reales". Cómo se formó su personalidad en el solar nativo, cómo fué desenvolviéndose en el instante crucial de la Conquista del Perú, qué influencias obraron sobre él y, trasladado a España, cuál fué su reacción en tan distinta atmósfera, de qué manera el recuerdo de su patria y la absorbente nostalgia de los suyos, determinaron la trayectoria definitiva y el sentido esencial de su existir.

Realizada su cardinal empresa con la publicación de la Historia Incaica y concluida la de los hechos de los conquistadores en

los primeros cuarenta años del período de la Dominación Española en el Perú, el Inca Garcilaso aparece ante los pósteros como el analista y el literato que, por vez primera y jamás superada, plasmó la imagen del Perú. Seguirle en el proceso de elaboración, valorizar la obra cumplida y medir su resonancia universal, son tan graves temas que mis fuerzas sólo alcanzan a esbozarlos. Finalmente, mi objetivo se habrá llenado si logro aproximarnos un poco más a la percepción y definición del insigne personaje, ubicado en su tiempo y en su mundo.

EN EL SOLAR NATIVO

Toda la infancia y primera juventud del Inca Garcilaso se deslizaron en la suave penumbra del hogar materno. Como en las primitivas edades matronimicas, fué la autoridad y el cuidado de la madre los que formaron el espíritu del niño. Mamó en la leche los sentimientos y la moralidad, el amor de la tierra y de los suyos y aprendió, desde los primeros años de la vida, a sufrir y callar resignadamente.

En el austero ambiente de la casona antigua que lucía aun la nobleza de sus pétreos muros, el niño Garcilaso escuchaba en la materna lengua el relato maravilloso de los tiempos felices. A la luz indecisa de los candiles, proyectábanse las sombras augustas de sus abuelos reyes.

Su rostro infantil animábase cuando el anciano tío Huallpa contaba aquellos donaires y júbilos de las fiestas antiguas; pero, pronto se diluía el feliz recuerdo, cuando la voz del viejo enronquecía y se hacía trémula para hablar de las desgracias presentes.

Un aire de tristeza recóndita rezumía por los aposentos, y el rapaz fugaba presto hacia el ancho patio, pleno de sol.

Muchos parientes llegaban al hospitalario hogar y por largas horas hacían rueda en torno a la Princesa Madre, en íntimo coloquio. El niño abandonaba sus juegos y venía al concurso, pasando de caricia en caricia, que todas aquellas gentes le tenían por suyo y como a tal lo amaban entrañablemente. Más tarde ha de recordar el anciano comentarista los días infantiles, con tanta viveza, como si a ellos retornara por milagro. Oigámosle la evocación: “. . . siempre sus más ordinarias pláticas eran tratar del origen de sus reyes, de la majestad de ellos, de la grandeza de su imperio, de sus conquistas y hazañas, del gobierno que en paz y en guerra tenían, de las leyes que tan en provecho y en favor de sus vasallos ordenaban. En suma, no dejaban cosas de las prósperas que entre ellos hubiese acaecido que no lo trujesen a cuenta. . . En estas pláticas yo como muchacho entraba y salía muchas veces donde

ellos estaban, y me holgaba de las oír, como huelgan los tales de oír fábulas”.

Así trascurrieron los años de la infancia, y el niño crecía y se hacía fuerte, observador e inteligente. Ya no sólo escuchaba, sino que, nacida en su alma la inquietud, preguntaba y preguntaba sobre muchos tópicos, y el buen viejo, el hermano de su madre, respondía “holgándose de haber oído las preguntas, por el gusto que recibía de dar cuenta de ellas”. Y el jovencuelo iba atesorando jubiloso toda la ciencia de sus mayores, su historia, sus artes, sus creencias, en fin, cuanto se refería a aquella dichosa edad nimbada ya por el prestigio de la leyenda.

Cada vez era el acento más lúgubre en las reuniones familiares. “De las grandezas y prosperidades pasadas venían a las cosas presentes: lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su república”. El mancebo no huía, como en sus años menores, en busca del sol jocundo; iba sintiéndose mejor en esta penumbra melancólica, porque ya en su alma se forma el climax, y disminuye el tono dionisiaco de la edad juvenil. Cada vez más pensativo, el hijo de Chimpu Oello sentirá crecer su adhesión a la santa causa de sus parientes indios. Tendrá una veneración religiosa por sus mayores y sentirá en su propia carne, en su corazón, en su sangre, el sello de fuego de lo indio.

La matriarcal comunidad de su hogar imprime para siempre el sentido de su ser: sólo sabrá moverse a gusto en esta atmósfera. Se irá haciendo un introvertido; se recogerá sobre sí mismo lo más que pueda en el contacto con el mundo exterior que es el mundo poblado de los enemigos de su estirpe, por lo tanto de sus propios enemigos. Mirará a su padre, a los españoles todos, como distintos a él. Se producirá el complejo. Lucharán en su alma opuestas corrientes; se sentirá confuso, muchas veces percibirá claramente que es doble. Mas, pasajera y momentáneamente, porque nada torcerá su inclinación a la madre. Ese rumbo será definitivo. Porque es muy hondo surco el abierto por el hogar matronímico, ausente siempre el padre, distante, lejano, en los minutos cruciales de la formación del alma del hijo. El Capitán reaparece de tarde en tarde, para esfumarse otra vez. Ante el hijo, en el inconsciente de éste, será el intruso.

Verá en la tristeza materna, en la angustia, en el agudísimo dolor, razones para odiar a quien las causa. Reprimirá la libido; logrará vencer un amor consciente al hombre bueno que fué el capitán; pero, nunca ha de poder arrancar éste de su vástago el núcleo de su espíritu. Ni el apellido ilustre, ni la convivencia con ricos vecinos y encomenderos, ni la compañía más frecuente de padre e hijo, ni la ausencia, ni la educación en España. Ya no

será Gómez Suárez de Figueroa. Tampoco Garcilaso a secas. Será el Inca Garcilaso, Inca ante todo y siempre, no por vanagloria que entonces y en España no podía serlo, sino por imperativo de su raza, por fuerza de su sino, por dirección irreversible de su existir.

En el solar nativo, el joven Garcilaso era un rebrote espléndido del linaje antiguo; era un príncipe nuevo, por cuyas venas corría también la sangre hispánica. No le odiaron, sino, contrariamente, de todos los parientes indios fué muy amado, porque veían en él un hijo de Chimpu Oello, un hijo suyo, casi exclusivamente suyo, como esos hijos de las leyendas míticas engendrados por el sol o cuando la madre comía un fruto de lúcuma o cuando, desatada la tempestad, el rayo la fecundaba sin ella advertirlo.

El jovenzuelo competía con sus parientes mestizos, hijos como él de princesas indias y capitanes españoles, sobresaliendo con ventaja.

Cuando salió de su retiro de Vilcabamba el Inca Sayri Tupac y vuelto de Lima, después de las negociaciones con el Virrey, se detuvo en el Cusco a visitar y conocer con pausa la que fuera cuna y asiento del fenecido Imperio, nuestro Garcilaso fué a verle en la casa de su tía doña Beatriz, que estaba a las espaldas de su propio hogar. El relato del historiador reproduce la sugestiva escena, en estos párrafos:

“Yo fuí en nombre de mi madre a pedirle licencia para que personalmente fuera a besarle las manos. Halléle jugando con otros parientes a uno de los juegos que entre los indios se usaban. Yo le besé las manos y le di mi recaudo. Mandóme sentar y luego trujeron dos vasos de plata dorada, llenos de brebaje de maíz, tan pequeños, que apenas cabía cuatro onzas de licor en cada uno. Tomólos ambos y de su mano me dió el uno de ellos, él bebió el otro y yo hice lo mismo: que como atrás se dijo es costumbre muy usada entre ellos y muy favorable hacerlo así.

Pasada la salva, me dijo:—“¿Por qué no fuiste por mí a Villaca Pampa?”

Respondile: “Inca, como soy muchacho, no hicieron caso de mi los gobernadores”. Dijo: “Pues yo holgara más que fueras tú que no los Padres que fueron (entendiendo por los frailes, que como oyen decir el padre fulano y el padre zutano, les llaman comúnmente Padres). Dile a mi tía que le beso las manos y que no venga acá, que yo iré a su casa a besárselas y darle la norabuena de nuestra vista”.

Con esto me detuvo algún espacio preguntándome de mi vida y ejercicios: después me dió licencia para que me fuese, mandándome que le visitase muchas veces. A la despedida le hice mi adora-

ción a la usanza de los indios sus parientes, de que él gustó muy mucho, y me dió un abrazo con mucho regocijo que mostró en su rostro”.

Cuanta impresión produjo el encuentro en el alma juvenil de Garcilaso. No lo olvidaría más en el resto de su larga existencia, y en el crepúsculo sería entre las remembranzas una de las más gratas a su corazón. Desde aquel día inolvidable pudo estar seguro que no había estigma en él por la mezcla de sangre; que los indios del Inca al más humilde, podían tenerle, con gran contento suyo, como uno de ellos. Lo comprobó infinitas veces, reafirmando, hasta hacerla incommovible, su conciencia de americano, de peruindio, calidad que proclamara como su mejor blasón.

Llegó un aciago tiempo, más doloroso que el de los días de Bachicao. No son la muerte, el hambre, la miseria, los espectros que amenazan. Algo más trágico aún. Algo como el desgarramiento en vivo, como la tortura refinada. Viene la liquidación del solar nativo. Viene la usurpación no sólo de la tierra, de la fortuna, del aposento querido, sino la usurpación del amor, de la dicha íntima, de los hijos, del lecho conyugal, de las reliquias familiares. Es el martirio de la madre heroica. Es el baldón inmerecido, el repudio, el escarnio más injustos y más crueles. Vendrá al nativo solar, a la casona mitad española mitad incaica, de gran patio en que el sol a sus anchas se recuesta la mujer que el capitán no ama pero que será su esposa, la mujer que le dará los hijos legítimos y le heredará la hacienda. Luisa Martel de los Ríos: en este nombre habrá de concentrarse todo el odio al español, ese odio que no provocó, que no alimentó nunca, el bueno del capitán. Será en su madrastra que Gomecillo personalice el vago, pero profundo, por subconsciente, odio de raza. Ella le odiará también. Así se definen los contrarios en el alma de nuestro Garcilaso.

EL CAPITAN GARCILASO DE LA VEGA

Nació en Badajoz, provincia de Extremadura, allá por el año de 1506. Fueron sus padres Alonso de Hinostrosa de Vargas, señor de Valdesevilla y Blanca de Sotomayor Suárez de Figueroa. Era hijo tercero del noble matrimonio. Por la rama paterna descendía del famoso Pérez Garci de Vargas que en 1348 ganó Sevilla para el rey Fernando y para quien “siete moros eran poco”. A él se refiere la inscripción siguiente, en una lápida sevillana:

Hércules me edificó.
Julio César me cercó

de muros y cercas largas.
El Rey Santo me ganó
con Garcí Pérez de Vargas.

Otro legendario antecesor fué aquél que derribó a un moro descomunal en la vega de Granada, hazaña a que se refiere la cuarteta :

Garcí Lasso de la Vega
desde allí se ha intitulado,
porque la Vega hiciera
campo en aquel pagano.

Don Diego de Mendoza, otro de sus mayores, salvó la vida al rey don Juan I en la batalla de Aljubarrota. Finalmente, por la rama materna, guardaba íntima relación con las casas ilustres de Feria y del Infantado.

Desde muy joven, Sebastián—que era su nombre de pila—abrazó la carrera de las armas y antes de los 25 años era Capitán de Infantería, el primero que con este título viene a América. En 1531 se encuentra ya en Nicaragua y tres años después arriba a las costas peruanas en la expedición de Pedro de Alvarado. Eran entonces Garcilaso “lindo ginete de ambas sillas”, de quien se escribe este elogio: “El buen agrado de su condición, la hermosura de su rostro, la gallardía de su persona, la agudeza de su ingenio y la facilidad en aprender lo que sus ayos y maestros le enseñaban”.

No era, en verdad, este bien plantado capitán uno de la banda o del montón. Por su linaje y personales adornos, estaba aparte del grupo famélico de aventureros.

Como hombre de Alvarado, en el primer momento se le aleja del teatro principal de la Conquista: ha de ir a explorar las costas emboscadas de Buenaventura, penosa empresa que cumple con estoicismo.

Los levantamientos indios en el Cusco y en Lima pusieron en grave aprieto a los invasores y cuantos habían salido de estos en pos de nuevas tierras fueron llamados, y así Garcilaso acude en socorro del Gobernador y pasa después al Cusco, al servicio de los Pizarro.

Producida la increíble derrota de Abancay, el 12 de julio de 1537, Garcilaso con Alvarado, Gómez de Tordoya y cien más caen prisioneros de Almagro, quien los mantiene en esa condición hasta entrado el año de 1538. Todo había de terminar para el infeliz don Diego en las Salinas un 6 de abril de 1538.

Por estos días en que halla reposo el capitán, debió trabar conocimiento con la princesa incaica Chimpu Oello, quien le dará el primer hijo, nuestro Inca Historiador, el año siguiente.

Desde entonces hasta 1557 hará vida común, llena de afectos, con la nobilísima descendiente de los antiguos reyes del Perú.

Compañero de Gonzalo Pizarro irá con él en su largo viaje por el Collao y Charcas y obtendrá su primer repartimiento de los indios de Tapac-ri, en Chuquisaca, con 40 mil pesos de renta anual.

Vuelve Garcilaso al Cusco, mientras Gonzalo organiza y sale en su expedición a El Dorado de tan desastroso final.

Nuevas alteraciones políticas, el asesinato del Marqués, la rebelión triunfante de los de Chile con el joven Almagro, como vengador de su ilustre padre, la llegada del Licenciado Vaca de Castro, producirán turbación y zozobra en todo el país. El capitán Garcilaso, fiel a su Rey, estará con quienes mejor lo representen. Será capitán de caballos en el ejército de Vaca de Castro.

En 3 de octubre de 1542, el Cabildo lo recibe y da posesión como Teniente y Capitán General del Cusco, Charcas y Arequipa.

Desbaratados los almagristas en la batalla de Chupas, vuelve la calma por unos meses. Pero, he aquí, que la dación de las Nuevas Leyes y la presencia del primer virrey que viene a ejecutarlas produce tremendas alteraciones entre encomenderos y vecinos. Les afectan en la fortuna, en aquello que llaman sus fundamentales derechos como que ellos ganaron las tierras sin que a la Corona le costase un maravedí.

Los ricos latifundistas se reúnen en el Cusco y designan por su procurador a Gonzalo Pizarro. Garcilaso está entre ellos, pero como es reflexivo y cauto aconseja prudencia y medida. El violento desarrollo de los sucesos precipita las determinaciones y aquello que comenzó como una legítima política defensiva de los intereses económicos de una clase privilegiada se convirtió en abierta rebelión. Garcilaso, por mucho que amase a su comprovinciano Pizarro, ante las inútiles admoniciones que le dirigiera para no escoger tan peligroso camino, hubo de adoptar la resolución extrema de abandonar el Cusco en pos de la legalidad que sólo en Lima tenía su asiento.

Muy duras fueron las represalias. El feroz Hernando Bachiaco saquea y destruye la morada de Garcilaso, dirige contra ella su artillería y sitia por hambre a la indefensa mujer y los tiernos hijos. Largos meses de asedio que sólo atenúan en su rigor los au-

xilios lealismos de los feudatarios indios. El capitán, mientras tanto, vive en Los Reyes a salto de mata, varios meses oculto en una sepultura del convento de Santo Domingo, hasta que, acuciosos mediadores, obtienen libertad y perdón. Mas, Garcilaso no podrá apartarse de Gonzalo, vivirá con él como cautivo. Tendrá que acompañarlo en Añaquito y en Huarina, en todas partes vigilado, muchas veces en peligro de muerte por la zaña del implacable Francisco de Carbajal.

Así durante tres años, “no gozó de sus indios que estuvo desposeído de ellos”. Su familia en la miseria, viviendo de limosna. Mas no había de ser un gerifalte de casco sino apenas un diminuto de bonete quien vendría a desbaratar la empresa de Gonzalo, indeciso entre su lealtad al Rey y el consejo de hacerse Rey. Con astucia y sagacidad extremas, el licenciado Pedro de la Gasca acabará con todos los sueños. Sólo Garcilaso estaba en vigilia, y no había de ser tardo ni perezoso en volver a las filas que su deber le señalaba.

Sólo el apasionamiento y el malquerer de algunos de sus contemporáneos y en especial Diego Fernández el Palentino, han podido torcer el juicio exacto sobre la conducta de Garcilaso. La inquina llega hasta tildarlo de traidor, él que toda su vida siguió una línea invariable para su conciencia, aun cuando no pudiera aparentemente conservar su dirección por fuerza mayor.

De 1554 a 56, ejerce Garcilaso de Corregidor del Cusco. Es bajo su patrocinio que se erige el templo y monasterio de San Francisco, cuya fábrica costean íntegra encomenderos y vecinos del Cusco. Gracias a su tino y sagacidad, se evita nuevos disturbios. En 1557 es regidor del Cabildo del Cusco.

Los nuevos disturbios del alzamiento de los soldados bajo el mando de Francisco Hernández Girón obligan a Garcilaso al abandono de la ciudad. Otra vez, la zozobra y la inquietud serán el ambiente de su atribulada familia. Después de las vicisitudes de Chuquinga y Pucará, la derrota del iluso Girón asegura una larga paz.

Llegados al Cusco los oidores Santillán y Mercado de Peñaloza, Garcilaso dejará sentir su benéfica y moderadora influencia. Como dice uno de sus biógrafos, “mostrándose en todas ocasiones fuerte, magnánimo y diligente, sin declinar a la mano derecha de la temeridad, pertinacia, crueldad, arrogancia, ira o ambición, ni a la izquierda del temor, facilidad y flojera o pusilanimidad”.

Desde el 17 de noviembre de 1554, el capitán Garcilaso ejercerá las funciones de Corregidor del Cusco hasta los primeros meses del año de 1556. Activo, sagaz y de inalterable ecuanimi-

dad, salvará a la república de nuevos disturbios como los que proyectaba Francisco de Añasco, fundando, en cambio, instituciones de asistencia social como el Hospital de Naturales del Cusco y asegurando la fábrica del templo y monasterio de San Francisco, por copiosa colecta entre los vecinos y encomenderos de la antigua capital.

El último cargo que ejerza será el de regidor del Cabildo del Cusco. Su vigoroso organismo ha sufrido tremendos quebrantos en veinte años de agitada existencia. Alguna enfermedad renal o hepática fué minando arteralmente la salud del capitán.

Ya en este repentino crepúsculo, habrá de producirse un cambio familiar trascendental. El celoso servidor del Rey, obediente a sus leyes y mandatos, habrá de tomar por esposa a una dama española, doña Luisa Martel de los Ríos. Recuérdese que fueron muy celosos los virreyes de exigir a los encomenderos el cumplimiento de la disposición que los obligaba a regularizar su vida matrimonial. Después de casi veinte años, Garcilaso había de separarse de la dulce compañera, la imperial Palla Elisabeth Chimpu Ocello.

Con gran dolor, habría de producirse tal desgarramiento. El tendría consigo a su amadísimo hijo Gómez. La niña, Leonor de la Vega seguiría al lado de la madre hasta que, años más tarde, habría de salir para España a educarse.

Pasan los dos últimos años de la vida del apuesto capitán en un declinar acelerado de sus energías. En 1559, muere, legando un recuerdo de hombría de bien.

El mayor elogio que pudiera hacerse de él es reproducir aquí aquellas palabras que son testimonio del espíritu de justicia y amor con que este español trató siempre al indio.

Su figura se enaltece y se justifica la admiración rendida y el gran respeto que por él tuvo toda su vida el Inca historiador. He aquí los párrafos más expresivos y convincentes:

“Pero más en particular los tiernos gemidos de sus vasallos la testifican bien, y con lágrimas copiosas y tiernos gemidos manifiestan la falta que les hace su señor, en quien tenían padre, defensor y amparo; porque si enfermaban algunos en el Cusco de los de su servicio personal, los hacía curar en su casa como a hijos”.

Sólo percibía el quinto de los tributos que eran obligados a pagarle. Disminuyó sus pesadas tareas, hasta aligerarlas como en los felices tiempos del Imperio. El mismo biógrafo dice:

“Estimó tanto Garcilaso el servicio que le hizo su vasello don García Pauqui, dando 50 fanegas de maíz a su familia cuando se vió en el aprieto que dijimos, que hizo libre y franco al dicho cacique, y a los lugares de su señorío de cualquier tributo que estu-

viesen obligados a pagarle, contentándose con que le diesen algunas frutas, como guayabas, limas y pimientos verdes para su comer en señal de vasallaje”.

No era, pues, como los otros. No era hombre de presa, gabilán famélico, jugador, borracho y mujeriego, tijo truhanesco, como lo fueron en mayoría aquellos hombres de la invasión.

Garcilaso tenía el orgullo del verdadero noble, el orgullo de la conducta, de la impecable acción honesta, de la gallarda y generosa actitud en todos los lances. Era un noble señor en el elevado sentido que tiene la frase bajo cualquier latitud. Venía de la otra España no de la negra España.

Podía, pues, el joven mestizo no avergonzarse de su progenitor, si su estirpe en lo moral armonizaba con la suya materna que arrancaba de aquellos ejemplares varones de los Incas.

Y escribir estas sentidas frases que revelan todo su amor filial no aminorado en cuarenta años:

“Aunque no hubiese ley de Dios que manda honrar a los padres, la ley natural lo enseña, aun a la gente más bárbara del mundo, y la inclina a que no pierda ocasión en que pueda acrecentar su honra, por lo cual yo me veo en este paso, obligado por derecho divino, humano y de las gentes, a servir a mi padre, diciendo algo de las muchas virtudes que tuvo, honrándola en muerte, ya que en vida no lo hice como debiera”.

La parentela india distinguiría al Capitán de todos los otros, con su afecto y amistad. Así lo demuestran al escogerle para padrino de bautismo primero el Inca Paullu que recibió el nombre de Cristóbal y el Inca Sayri Tupac a quien se le llamaría Diego. No era, pues, para ellos un enemigo, un AUKA, el marido de la joven princesa Chimpu Ojillo.

EL TESTAMENTO DEL CAPITAN

Recientemente fué descubierta en el Cusco una boleta que contiene la transcripción de algunas disposiciones del testamento que Garcilaso de la Vega otorgó en aquella ciudad, poco antes de su muerte.

Es a solicitud de Antonio de Quiñones, concuñado del capitán y su albacea, que el escribano Gregorio de Vitorero extiende copia de las cláusulas pertinentes a un legado en favor del joven Gómez, su amado hijo. La boleta se expide en 20 de enero de 1560. es decir la víspera del viaje a España.

Mientras sea posible conocer el texto íntegro de las disposiciones testamentarias del Capitán, consignaremos en seguida los datos de mayor interés sobre ese histórico documento.

El testamento fué cerrado y se otorgó por ante el Escribano Público don Francisco de Barrientos en el Cusco, a 3 de marzo de 1559. Intervinieron como testigos el Mayordomo Fray Antonio de San Miguel, Guardián del Monasterio de San Francisco, Garci Sánchez de Figueroa, Diego de Silva, Juan de Berrio, Juan de la Cueva, Diego de Maldonado y Pedro de Quiñones. La última voluntad de Garcilaso de la Vega estaba redactada en cuatro hojas y media de papel de pliego entero.

Muerto el Capitán, procedióse a la apertura del sobre, en 19 de mayo del mismo año de 1559, cumplidas las diligencias en derecho necesarias por mandado de Juan de Salas, Alcalde Ordinario de la Ciudad del Cusco, y por ante el Secretario de Corte, Escribano Público y de Cabildo.

El documento quedó firmado y signado de Sancho de Orué. Después de la cláusula prologal, se copia la siguiente:

“Item mando a GOMEZ SUAREZ, mi hijo natural cuatro mil pesos de oro y plata ensayada e marcada para cuando que se vaya a Castilla a estudiar y en los reynos de España se le empléen en rentas conforme a el parecer e voluntad del señor Marco Antonio de Quiñones, al qual pido que merced tenga a cargo de mirar por él, en quanto dinero ni réditos de ellos entren en poder del dicho Gómez Suárez hasta que tenga edad cumplida y lo mesmo le pido por merced e encargo faga de los dineros que mando por este mi testamento a doña Leonor de la Vega, mi hija natural que está en los Reynos de España, a los cuales mando que obedezcan así e hayan mi bendición, los cuales cuatro mil pesós que mando al dicho Gómez Suárez, mi hijo natural, mando y es mi voluntad los hayan de lo mejor parado de mis bienes porque así es mi voluntad por el amor que le tengo por como es mi hijo natural e por tal lo nombro e declaro e se los mando por via y forma que mejor haya lugar en derecho &”.

Se trascribe en seguida la cláusula en la cual designa como sus albaceas a su mujer legítima doña Luisa Martel, a su concuñada don Antonio de Quiñones, a Diego de los Ríos, pariente de su mujer, y al fiel ayo don Juan de Alcobaza.

En seguida instituye por sus universales herederos a su hija legítima doña Leonor, a su esposa doña Luisa “e al póstumo o póstuma de que la dicha doña Luisa está preñada”.

No se puede exhibir mejor prueba de los sentimientos de paternal y entrañable amor que hasta la hora de su muerte animaron al Capitán en pro de su hijo Gómez, el futuro autor de los Comentarios Reales. Lo reconoce como tal, lo recomienda “para que mire por él” al poderoso caballero de Quiñones y, por último, a la donación que le hiciera de las tierras de Havisea en Paucartam-

bo, de algún caudal en efectivo y de otras prendas, agrega ahora un legado de cuatro mil pesos de oro y plata ensayadas, con los cuales podrá atender en España a su educación.

LA PRINCESA MADRE

Era Chimpu Ocello hija del Inca Huallpa Túpac Yupanqui, hermano de Huaina Ccapac, el último gran emperador de Tawantinsuyu.

Venía a ella su linaje en línea recta; era una ñusta, por lo tanto, de las más pura cepa imperial, a quien correspondían todos los honores reservados a la clase privilegiada de los señores que fundaron la última y gloriosa dinastía del Perú.

Podía hablar con orgullo de su abuelo el máximo conquistador Tupac Inca Yupanqui; dolíase, como la que más, de la suerte adversa, cruel, de su primo el último señor legítimo del Imperio, Inti Cusi Huallpa o Huáscar; y era justo su odio al bastardo opresor y destructor de la grandeza del Tawantinsuyu el kilako Atau Wallpa.

En su casa del Cusco reuníanse, como en el último hogar de la realeza sus nobles parientes, y había de tratar como hermanas a las dos hijas y a la sobrina de Huayna Capac unidas después como ella a capitanes españoles.

Chimpu Ocello, según el retrato que dibuja Markham, era una doncella de figura delicada, de grandes y hermosos ojos, nariz ligeramente aguileña, con largas trenzas negras que bajan sobre los hombros, cubiertos con una manta de lana ricamente ornamentada que un alfiler grande de oro prende sobre el pecho".

Cuando conoce al elegante y hermoso Capitán Garcilaso de la Vega frisa en los dieciséis años. Es casi una niña, pudorosa y gentil que se rinde como todas las mujeres de su tiempo a la viril prestancia de los hombres nuevos que ellas juzgaban de divina estirpe.

Recibe con las aguas del bautismo el nombre de Isabel y desde que se presenta unida su destino con Garcilaso ya no es la Ñusta sino la Palla Isabel Chimpu Ocello Huallpa Tupac Yupanqui. Sus hermanas las dos Beatrices son ya mujeres de Mancio Sierra de Leguizano y Martín de Mustincia o Bustinza y Francisca de Juan Collantes. Inés fué una de las mancebas del Gobernador, "el Machu Capítux" Francisco Pizarro. Angelina, la hija de Atau Wallpa, hacía ya vida marital con Juan de Betanzos, el lenguaraz, quien mostró después un extraordinario amor por las tradiciones de la raza vencida hasta verter al español algún ignorado poema histórico.

Un año después de su conocimiento con el capitán le daría un hijo que recibieron ambos con tierno amor: Gómez le llamaron y debía reunir en su físico las cualidades de una y otro.

No mucho más tarde vino al mundo una niña que fué bautizada con el nombre de Leonor. La infantil pareja llenaba de dicha la casona, mitad palacio incaico, mitad solar castellano.

Vinieron después los días y los meses y los años angustiosos. Se había desatado la tremenda crueldad en potencia que todo español oculta en las cavernas de su inconsciente. Rotos los diques morales y religiosos, el Perú se convierte en el teatro de la más sanguinaria lucha fratricida entre invasores. Atónitos los indios contemplan la tragedia. Aquellos eran los dioses que ellos creían, los viracochas vencedores. Estos barbudos eran tan malos entre sí como lo fueran con los dóciles y pacíficos moradores de Tawantinsuyu.

Pizarros y Almagros combatían a muerte, en verdadera guerra sin cuartel. Uno a uno iban cayendo, como si una Némesis india presidiera aquella hecatombe. Los caudillos morían sin merced, asesinados en su propia prisión o en los aposentos de su morada. Caían del patíbulo las testas para adornar el rollo de las plazas en sendas jaulas; despedazábanse los cuerpos para repartir sus miembros, como piezas de abasto, por atajos y caminos. Los ojos empavorecidos de aquellas dulces mujeres seguían la trayectoria de tan horrible catástrofe que les hacía recordar los días tenebrosos de Atau Wallpa. Llorábalas el alma, su corazón sangraba, por la suerte de sus hombres, los Garcilaso, los Sierra, los Bustinza.

La princesa madre sufría las ausencias preñadas de peligro. Junto con la leche maternal se nutrían de dolor los ternos vástagos. Los parientes indios participaban de su angustia y trataban de atenuarla, con noticias llevadas veloces por chasquis a la manera imperial. Garcilaso estaba vivo en Lima. Garcilaso estaba sano después de Añaquito. Garcilaso salía ileso de Huarina. Y él, a su vez, recibía secretos mensajes por mano de indios leales. Bachicao cañoneaba su hogar. Perseguía a los suyos. Los condenaba al hambre. Ya habían logrado salvar del asedio. Estaban seguros en distantes aldeas, perdidos en el laberinto andino. Los buenos indios cuidaban de ella y de sus hijos. Volvían ya al seno hogareño.

La pobre princesa quería saber si este dolor no llegaría a término. La visitan y consuelan nobles señores, don Diego Centeno, el obispo Juan Solano. La protege Juan de Vargas, el buen hermano de su dueño y señor. Mas, la guerra prosigue. Precisa ma-

yores sacrificios. Juan de Vargas perece en Huarina. El amigo, el protector, el segundo padre de sus hijos menores.

Llegan hasta ellas las noticias de las sádicas crueldades de Francisco de Carbajal, jurado enemigo del Capitán que ella adora.

Pasan los días, los meses, por fin se sabe que Garcilaso está reconciliado con su compañero Gonzalo. Chasquis veloces traen nuevas desconcertantes. Ha entrado por los Yungas, viniendo de Panamá, un extraño sujeto. Dice traer papeles del Rey. De ese mítico rey que vive en España, como el Papa en Roma, o Dios en el Empireo.

Es un cura de extravagante físico, menudo, de largas piernas, de feo rostro. Dicen los indios que es un brujo. Que deshace ejércitos, que atrae prosélitos, que es más temible que un jefe de guerra. Poco consuelo le diera la estancia fugaz de su amado, como el intervalo de dos batallas. Pese a la entrada triunfal, ella sabe que están contados los días de Gonzalo, que aquel ridículo inquisidor por artes mágicas triunfará. Ruega y aconseja al capitán que mire por él y por los suyos. Bien sabe ella que su señor va forzado de su voluntad y que llegará el instante de librarse del secuestro. Entonces proclamará su invariable fidelidad a su rey. Se atropellan los acontecimientos. Es ahora que crece la figura mezquina de don Pedro de la Gasca. Se aproxima el final. Júpiter adementa a quienes quiere perder. Gonzalo no escucha el consejo de Carbajal. Dará la batalla, no importa que el enemigo pasara ya el Apurímac desperdiciándose la única oportunidad de vencerlo. Jaquejahuana. El "sálvese quien pueda". Fin de la tragedia.

Ya la princesa se siente feliz, con su hombre en casa, en paz hogareña. Desde el corredorcillo pueden ambos contemplar la ciudad y en la lejanía las sierras blancas de nieve. Llénase la casona de vecinos y soldados. No baja de doscientos el número de los que comen a diario en la mesa del Capitán Garcilaso.

El Capitán recibe mercedes de La Gasca. Es el arzobispo quien se los dará a conocer, porque el hombrecillo menguado lo hizo todo, allá en los soledades de Huaynarina. Paga bien a los leales. Recuerda a Garcilaso, tiene presente su valimento, aquella casona mitad española, mitad incaica, aquel corredorcillo desde el que contempló el más hermoso panorama de estas Indias y hasta aquel rapazuelo que se le quedaba mirando, azorado, y que él quiso acariciar, pero que no pudo hacerlo porque el niño huyó temeroso.

El Capitán Garcilaso se promete un largo descanso al calor de los suyos.

Isabel, prolija, humilde, tierna, como todas las mujeres indias, atiende a su señor, con verdadero culto. Estropeada está

su salud, después de tantas correrías. Vivirán, Dios lo quiera, juntos para siempre. Mas, Dios no lo quiso. Y algo peor que los males pasados ocurrió a la infeliz Palla Isabel. Su señor, su viracocha, su amado ya no sería más de ella; lo perdería para siempre, pero lo perdería con más dolor que si Carbajal lo hubiera muerto. Una orden inflexible venida del rey mítico, de ese que vive en el otro mundo, en Es. pa. ña, obligaba al Capitán Garcilaso a contraer matrimonio con una dama de su alcurnia. Otra mujer le quitaba al padre de sus hijos. La ley protegía, auspiciaba, tal crimen.

Y un día tuvo ella que salir con su hija a otra casa.

Gómez, mancebo de 17 años, estaría junto al padre, atendándole como su ayuda y secretario.

Quedaba sola con su dolor, aunque la rodease el afecto de sus buenos parientes. El, enfermo, declinante en su varonía, accvábbase rápido a su fin. Sabía ella que seguía amándola, que esta amargura destrúiale aun más; pero, no había remedio. La solución era, la que se aproximaba. Tal día murió el Capitán. Tal otro día, cumpliendo la voluntad del padre, Gómez viajaba a España, a la tierra mítica del mítico rey. Ya Leonor le había precedido.

Era ella, Isabel, como la patria misma, como la tierra de sus mayores, una mártir silenciosa y resignada. ¡Oh Princesa Chimpu Ocello!....

SU VIDA EN ESPAÑA

En 1560, Garcilaso cumplía 21 años; era un hombre formado. Por solemne disposición paterna, debía partir para España. Acataría la voluntad del muerto, aunque para él significase aflicción extrema separarse de la madre amantísima y de los buenos indios sus parientes. Con aquella intuición sobrehumana de los moribundos, el Capitán comprendió que el hijo estaría mejor defendido bajo la égida de sus nobles y poderosos familiares de la Península; adivinaba la suerte adversa y cruelísima que el destino tenía deparado a la primera generación del mestizaje iberoindio.

Después de un viaje accidentado: largo y agotadora navegación por los mares, naufragio frente a las costas de Portugal—llega a Lisboa y recibe tan bondadosa y hospitalaria acogida que no olvidará en el resto de sus días. Será en Lisboa que lance al mundo, casi medio siglo después, la primera parte de sus Comentarios, que dedica a la Serenísima Princesa doña Catalina de Portugal y que imprime Pedro Craasbeck. Salva dos veces la vida, la física y la inmortal, porque es en tierra lusitana que él nace para la historia.

Acogido con bondad por el viejo Marqués de Priego, su pariente paterno, asegura en censos irredimibles el modesto capital

que trae de América: los cuatro mil pesos que le deja el Capitán en el testamento y algunos más que probablemente la solicitud materna ha reunido. Irá a la Corte y cumpliendo instrucciones de sus familiares peruanos, del albacea Antonio de Quiñones y otros amigos, formalizará reclamación: algo en pago de los muchos servicios prestados en la Conquista por su ilustre padre y restitución del patrimonio materno de la noble señora que le dió el ser. Lentísimamente se moverá aquella pesada maquinaria administrativa; meses y años pasarán hasta que su expediente llegue a vista del Consejo Supremo de Indias, y allí como se referirá en otros apartes quedarán “enterradas sus pretensiones”. Primera y dolorosa desilusión. Será preciso hacer méritos, según le aconsejan sus valedores, entre ellos el Capitán Alonso de Vargas, hermano de su padre, quien se distinguirá por su afecto para él. En 1564 sentará plaza en el ejército, en la guarnición de Navarra, a las órdenes de su pariente el de Priego. Arcabucero, irá ascendiendo con relativa facilidad, gracias al apoyo del General Francisco de Córdoba. Posiblemente pasó a Italia con Francisco de Mendoza, hijo de don Antonio, primer virrey efectivo del Perú. En 1568, después de la defensa de Granada, el joven Garcilaso recibe el grado de Capitán y “las condutas” que le otorgan el rey Felipe II y don Juan de Austria, quien le recomienda, sin resultado. Abandona la carrera de las armas que le arruinara económicamente, pues ha servido “inmérito de sueldo real”, es decir, gratis. Viaja por España, tan pronto aparece en Badajoz como en Sevilla.

Se detiene, por fin y con reposo puede ya dedicarse a lecturas y aprendizajes que cultivan su espíritu. Siente el dictado interior que le señala las letras como medio de expresión de lo que bulle en su conciencia desde hace años. Frailes sabios, capellanes o amigos de los de Priego pondrán en sus manos el instrumento adecuado para desbastar y pulir aquella materia virgen, pero de buena ley que es su propia alma. Ensayará a escribir. Primero una traducción de León el Hebreo, después una Genealogía de Garci-Pérez. Quienes las léen, encuéntranlas muy buenas. El indio domina, con maestría, el español; y así le animan a emprender la obra grande que tiene proyectada. Todavía ensayará otra vez relatando las hazañas de Hernando de Soto en la Florida. Maravillosa narración, deslumbra ya a parientes, amigos y lectores en general. Aquel nativo de América pone quince y raya a los mejores ingenios de la lengua. Se espera, con interés, la Historia del legendario Perú que tiene anunciada y que está elaborando pacientemente. Se encierra muchos días en su casa de Córdoba, se marcha a las Posadas en el estío, pasa largas temporadas en

Montilla. Ya para el Inca Garcilaso no hay otra vida que la creación de su obra. Para él no existe España, está viviendo en el Perú de los Incas, vivirá después su infancia y juventud en el cuadro tremebundo de las guerras civiles de la Conquista. Interrumpe su tarea cotidiana para recibir a los amigos que llegan de Indias, un día será el obispo Luis Jerónimo de Oré, otro su amado compañero en indigencia, Juan Arias Maldonado. Muchos libros le rodean, como inseparables compañeros, muchas cartas le traen las flotas de ultramar, una vez extiende sobre el suelo de la cuadra unos paños pintados: son los Incas, es la historia en láminas de Tawantinsuyu. Un día, llega la muerte.

COMO ESCRIBIO SU OBRA

Deliberada, conscientemente, acometió la gigantesca empresa. A ella se entregó por entero desde 1586 y quizás antes. Fué, con benedictina paciencia, que nunca le faltó, acopiando el material para el monumento, cuya arquitectura ya tenía planeada. Su extraordinaria memoria, los datos que le enviaban sus parientes y amigos, las informaciones de nobleza que recibió junto con los paños que reproducían la imagen de sus reyes indios, los relatos, las crónicas e historias generales y especiales ya publicadas, las noticias que le traían los indios y viajeros, las narraciones que le hicieron los protagonistas y testigos: todo iba reuniéndolo, para después seleccionar, pasado por el tamiz de su severa crítica, el oro puro, la noble piedra, que habrían de servirle para crear la obra proyectada. No la escribía para regalo de príncipes y recreo de ociosos. Perseguía un alto fin y por eso puso en ella todas sus potencias, la vida entera, renunciando, con místico sacrificio, a las ventajas y los halagos que la existencia podía aun ofrecerle.

La suma de esfuerzos, el tesoro acumulado, lo dedicaba a los suyos. “A los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo Imperio del Perú, el Inca Garcilaso “de la Vega, su hermano y paisano, salud y felicidad”, pondrá en la portada de su obra inmortal. Los indios, mestizos y criollos del Perú recibían de él, como las Tablas de la Ley o el lábaro santo aquel legado que había de ser la Biblia india en que aprendieran a glorificar a sus mayores, sintiéndose hijos de tan augustos padres y abuelos. Sabrían recién que no eran una masa de esclavos sino un pueblo con muchos siglos de historia. Haríase la luz en sus conciencias sumergidas en ignorancia y servidumbre. Sentirían el orgullo de su vieja cultura que nada tenía que envidiar a las más prósperas del mundo. Leyendo la historia de sus reyes, descubrirían que aquellos excelsos varones superaban en sabidu-

ría y humanidad a los Daríos de Persia, a los Ptolomeos de Egipto, a los Alejandro de Grecia y a los Scipiones de Roma. De pronto surgiría en el yermo poblado de ruinas la grandeza exultante del Imperio de los Incas.

No pasaría ya sin contradicción el despectivo epíteto de bárbaros con que los españoles los fulminaban, porque bárbaros fueron ellos, y lo fueron de verdad, cuando ya en el Perú florecían admirables civilizaciones. Podrían comparar y destruir con la comparación las instituciones impuestas por el Dominio Español, tan inferiores a las creadas por el Estado modelo de Tawantinsuyu.

Indios, mestizos y criollos contemporáneos y sucesores en tres siglos tendrían en Garcilaso no sólo a su analista sino también a su profeta. Devolviéndoles el espíritu que pretendió asesinarles el invasor, podrían ya sentirse hombres y dignos de serlo, libres y autónomos, no importa el tiempo que la empresa de independizarse demandara. Garcilaso sería, de este modo, precursor de libertadores, genio de la raza, creador de la patria...

No presume de capacidad para realizar su propósito. Humildemente confiesa su incipiencia, él que hasta entonces "más ha sido para criar y hacer caballos y para preciarse de arcabuces que para escribir libros". "Pero la lástima que tengo—dice—es que cosas tan grandes...quedan en perpetuo olvido". "Empero—agrega—para decir verdad no es menester mucha retórica".

Se conduce de la destrucción creciente, acelerada, de los monumentos de la Antigua Edad, y escribe: "Yo, invitado del deseo de la conservación de las antigüedades de mi patria, esas pocas que han quedado, porque no se pierdan del todo, me dispuse al trabajo, tan excesivo como hasta aquí me ha sido, el escribir su antigua república hasta acabarla". Y cuando concluye de escribir "Los Comentarios", estampará con satisfacción: "Con que se cumplió la obligación que a la patria y a los parientes maternos se la debía".

La cumplió lealmente como ninguno, como el más apto, puesto—como él declara reiteradamente—se alimentó en las puras fuentes de la tradición más genuina. "Yo escribo—dice—lo que mamá en la leche, ví y oí a mis mayores".

No blasona de saberlo todo y advierte, desde el comienzo de su historia, con meridiana claridad que sólo se ocupará de un período, el más próximo y culminante, del caudaloso pasado del Perú. Son estas sus palabras: "Escribimos solamente del Imperio de los Incas, sin entrar en otras monarquías, porque no tengo las noticias de ellas que de esta". ¿Cabe mayor probidad?

Nadie tiene, pues, el derecho de acusarle de deliberada y maliciosa omisión de otros períodos y culturas. El no era ni quiso ser otra cosa que el analista de los hechos y las instituciones, los usos, costumbres y creencias de los de su estirpe cusqueña. Fué el postrer y más brillante quipucamayó que reunió en su obra las crónicas tradicionales, escribiendo en el idioma que iba a difundir por el ancho mundo la gloria del Perú antiguo.

Discrimina cuidadosamente los hechos y critica a quienes no saben hacerlo atribuyendo a los Incas bárbaros usos que, si existieron, hubo de ser en comarcas lejanas hasta las que aun no había llegado la luz de su cultura. “En algunas provincias—dice—muy apartadas del Cusco que aun no estaban bien cultivadas por los reyes Incas, iban las mujeres a trabajar al campo y los maridos quedaban en casa a hilar y tejer; mas yo hablo de aquella Corte y de las naciones que la imitaban, que eran casi todas las de su Imperio, que esas otras por bárbaras merecían quedar en olvido”.

Cuando del idioma quechua se ocupa, hace esta advertencia: “...y cuanto se engañan en declarar el lenguaje del Perú los que no lo mamaron en la leche de la misma ciudad del Cusco, aunque sean indios, porque los no naturales de ella también son extranjeros y bárbaros en la lengua como los castellanos”. Se refería al quechua castizo, al sermo eruditus o lengua culta que tenía por academia y vivero al Cusco, cuna, centro y foco de la cultura incaica.

Todavía más tarde insiste en la diferencia muy fundada que hace entre elementos culturales propios de los Incas y particulares de otros grupos. Dice muy reflexivamente: “De donde consta claro que por no dividir los tiempos y los lugares, atribuyen muchas veces a los Incas muchas cosas de las que ellos prohibieron a los que sujetaron a su Imperio, que las usaban en aquella primera edad de los reyes incas”.

Sería muy extenso confrontar los aciertos de Garcilaso que son infinitos con las conclusiones de la investigación arqueológica. Bastaría referirnos al hecho comprobado de una edad intermedia entre el florecimiento de las grandes culturas paleoandinas y la supremacía de los señores del Cusco. Tiahuanaco, cuando Acosta y Cieza lo visitan, eran ruinosos edificios como hoy están o poco menos. Garcilaso anota que son muy anteriores a los incas. En cambio, es prolijo y exacto cuando se ocupa de los señoríos de la costa, última fase de otras culturas añejas. No se detuvo a estudiar tales testimonios de otras monarquías, porque como lo tuvo declarado y ya lo reprodujimos al principio, limitó su historia a la del último Imperio Neo-andino.

La veracidad histórica del Inca Garcilaso ha sido establecida en definitiva por la autoridad indiscutible de Riva Agüero: pulverizó las endebles argumentaciones de González de la Rosa, que en sus postreros años, profesó una senil inquina al autor de "Los Comentarios". Sería, pues, en todo tiempo, el más genial de los analistas, como le llama Riva Agüero, y una autoridad siempre respetada que nunca será contradicha. A su propia contribución supo unir, confirmando y fortaleciendo sus asertos, la valiosísima de fidedignos e insospechables historiadores como Pedro Cieza de León, Blas Valera, Agustín de Zárate y José de Acosta, cuya solvencia crece día a día a medida que avanza la investigación arqueológica.

MORALIDAD

Correspondiendo a la tónica india de su espíritu, el Inca Garcilaso imprimió en su vida y en su obra el sentido moral que ningún pueblo tuvo mejor desarrollado que el nuestro, en su edad de oro. La moralidad entonces llegó a ser orgánica. Cuidaron de ella tanto como de la existencia misma, estimándola razón de ser del hombre y del Estado.

"Sólo en la filosofía moral—dicen "Los Comentarios"—se extremaron, así en la enseñanza de ella, como en usar las leyes y costumbres que guardaron; no sólo entre los vasallos, como se debían tratar unos a otros conforme a la ley natural; mas también cómo debían obedecer, servir y adorar al rey y a los superiores y cómo debía el rey gobernar a los curacas y a los demás vasallos y súbditos inferiores. En el ejercicio de esta ciencia se desvelaron tanto que ningún encarecimiento llega a ponerla en su punto, porque la experiencia de ella les hacía pasar adelante, perfeccionándola de día en día y de bien en mejor".

La sólida base ética de la cultura de los incas ha permanecido inalterable después de siglos, y el indio de hoy, dentro de sus comunidades, la mantiene intacta. Naturalmente que no funciona lo mismo en sus relaciones con los otros grupos étnicos, porque se ha visto obligado a tratar de modo diferente a sus opresores. El mimetismo de la esclavitud, su táctica defensiva, le han valido para salvar, durante cuatro siglos, del exterminio a que le condenaban la dominación española y sus posteriores amos.

Muy límpida moral se trasluce en todos los momentos de la vida del Inca historiador; su honradez, veracidad, rectitud y acendrado humanismo abrillantan todas las páginas de "Los Comentarios".

La buena fé de nuestro Garcilaso debió perjudicarle muchas veces, como en el caso de Gonzalo Silvestre a que alude en su testamento. Sin embargo, su espíritu profundamente cristiano le hallará siempre dispuesto a favorecer, en la medida de sus fuerzas, a quienes necesitaran de ayuda y protección. En su modesto hogar, sostendrá generosamente a huérfanos y desvalidos, y en la hora postrera, repartirá su patrimonio entre los humildes que estuvieron cerca a él y le sirvieron con devoción filial. Diego de Vargas y María de Prados crecieron bajo su paternal cuidado, recibiendo a su muerte los recursos necesarios para no caer en miseria, así como su criada Beatriz de Vega y su esclava Marina de Córdoba, a quien además declara “libre y horra de sujeción y cautiverio”. Recompensará generosamente a Francisco Sevillano y no olvidará a ninguno de los que le fueron fieles.

Han quedado, en otras páginas, evidenciados sus sentimientos filiales; el mucho amor por sus padres conmueve. Amó también entrañablemente a sus deudos maternos, y fué piadoso con sus enemigos, a quienes jamás escarneció, perdonando a muchos. En su testamento redime de deudas inclusive a su editor Francisco de Zea.

Lleva su caridad más allá de la vida y dispone que hayan gratuita sepultura en la catedral de Córdoba varios de sus amigos, inclusive el ministril Juan Chamico Garrido. Estará siempre junto a los humildes, tratando de aliviar su suerte.

Y cumplidas sus obligaciones con el mundo, elevará su alma a Dios. Leal a su religiosidad, procurará salvarla, disponiendo actos litúrgicos para después de su muerte, con dotaciones especiales en beneficio de la Iglesia.

Así transcurre la vida ejemplar de este insigne varón que reunió en sí, depuradas y engrandecidas, las virtudes de sus mayores. Garcilaso, desde el ángulo ético, se presenta, como desde otros puntos de vista invulnerable, diamantino, como un arquetipo de vida superior.

DESINTERES

A todo lo largo de su existencia dió inequívocas pruebas Garcilaso de su idealismo, de su falta de apego a los bienes materiales y de su ninguna ambición de atesorar riquezas. Se había formado en él la conciencia de que todos los males que produjo la invasión del Perú, destruyendo su próspero reino, y después las calamidades que siguieron por las guerras civiles de los conquistadores tenían por único origen la sed de oro. Por encontrarlo, por apropiárselo, por el goce sensual de poseerlo, aquellos cristianos,

hijos de Dios, con derecho a la gloria del cielo, dueños de un alma inmortal, transformábanse en verdaderos demonios, monstruos de crueldad.

¿Para qué la riqueza a tal precio? Si ella no trae la verdadera dicha, la paz y el sosiego, el bienestar general, como lo habían conquistado, sin sangre y sin lágrimas, en sus tiempos idos. El oro carecía de sentido económico, no era sino un símbolo grato a la divinidad y a la realeza, un ornamento de templos y palacios, que nada tenía que ver con el alimento, el vestido, la habitación, el convivir armonioso, el orden, la justicia, en fin.

Yerran, pues, quienes, desconociendo la psicología de nuestro Inca, tan evidenciada en sus libros y en el testimonio de cuantos le conocieron, le atribuyen gratuitamente móviles y sentimientos interesados. ¿Cuándo, en qué oportunidad o en qué lugar expresó Garcilaso “propósitos de gloria guerrera y fortuna material?” Quién puede testificar, como el autor que no mencionamos asegura, que tales cosas “tanto había acariciado”? Se equivoca también cuando le imputa el mismo interesado móvil como razón de su viaje a España, si bien este yerro es explicable, porque recién ahora sabemos que fué por voluntad paterna, solemnemente declarada en sus finales disposiciones, que el joven Gómez Suárez de Figueroa marcha a la península a educarse.

Distinto es que, estando en las Cortes, intentara, con derecho, una indemnización o recompensa por los muchos servicios que el hidalgo su padre había prestado a la Corona, cooperando en la Conquista del Perú con su esfuerzo y sacrificio y, al mismo tiempo, que le fueran restituidos sus bienes a la noble señora su madre a que asistían perfectísimos derechos. Reclamaba lo justo y no tanto para si como para los suyos que quedaban en desamparo. No obtuvo buen éxito y ahí quedó en los polvorientos archivos su expediente. Muchos años después, cuando vuelto del Perú, reocupa su sillón en el Consejo Supremo de Indias aquel mismo caballero que, citando a Salinillas, el fiel caballo, echó por tierra las reclamaciones de Garcilaso, le señalaron que aquel era el momento de volver a la carga. Oigamos lo que el mismo Inca nos relata, con su inimitable estilo:

“Mis amigos viendo este gran personaje en su silla en el Consejo Supremo de las Indias, me aconsejaban que volviese a mis pretensiones acerca de los servicios de mi padre y la restitución patrimonial de mi madre. Decían que ahora que el Licenciado había visto el Perú, que fué lo que mi padre ayudó a ganar, que fué de mis abuelos maternos, me sería muy buen padrino para que me hicieran mercedes, ya que la otra vez me había sido contrario, para que me las negaran como atrás se rifirió. Pero yo

que tenía enterradas las pretensiones y despedida la esperanza de ellas, me pareció más seguro y de mayor honra y ganancia no salir de mi rincón. Donde con el favor de Dios he gastado el tiempo en lo que después acá se ha escrito, aunque no sea de honra ni provecho; sea Dios loado por todo”.

¿No es ejemplar y admirabilísima tal conducta en una tierra de pedigüenos y adaladores? Digna y orgullosa respuesta de gran señor. Más altiva y orgullosa es aún su actitud en el prólogo de la Florida, cuando dice: “y esto baste para que se dé crédito que se debe a quien sin pretensión de interés ni esperanza de gratificación de reyes, ni de grandes señores, ni de otra persona alguna, más que el haber dicho verdad, tomó el trabajo de escribir esta Historia, vagando de tierra en tierra, con falta de salud y sobra de incomodidad”.

Vivió en pobreza, pero dignamente, como correspondía a un heredero de reyes.

RELIGIOSIDAD

Perdido para él y para siempre, el mundo en que nació y se formó, aquel hogar indio de la madre y los parientes y el Cusco y las nativas comarcas que venían a ser como su natural prolongación, no encontró tampoco en la tierra de su padre el paisaje que lo reemplazara. No era Córdoba, a pesar de la semejanza sugestiva con el Cusco, por ese devenir continuo de grandeza y decadencia de razas y civilizaciones que pasaban, dejando su huella perenne, el sustituto del mundo lejano y ya extinguido. Las raíces de su espiritualidad flotaban en el vacío y ese impulso poderoso e inextinguible de la planta y del hombre que asientan en el suelo para nutrirse había de incidir en el terreno religioso. Sin patria tangible, como todos los desheredados, buscaría para su alma el consuelo y la fé de una patria celeste. Profundamente religioso el Inca Garcilaso se adhiere a las creencias cristianas, porque encuentra en ellas todo lo que anhelan los humildes y los que sufren.

Es en España, donde la soledad se hace para él su atmósfera constante, que el hijo de la Palla Chimpu Ocello se evade y penetra en el refugio místico. No en la niñez sumergida en el materno panteísmo incaico, ni en la juventud en que observa la conducta de elérgicos y frailes, olvidados de su evangélica misión, sino en la edad madura, cuando comprende que la Iglesia Católica no son ni los Valverdes beligerantes en la hecatombe de Cajamarca, ni los Pedro de la Gasca caudillos mejor que misioneros, ni los Baltasar de Loayza secuaces y facciosos quienes mejor la

representan. Conocerá de cerca al Apóstol de las Indias, Fray Bartolomé de las Casas, bebiendo del auténtico espíritu de Cristo; serán sus amigos frailes y clérigos que le recuerdan al canónigo Cuéllar, el maestro de sus primeros años; tomará lecciones y confrontará ejemplos de verdadero cristianismo en los claustros y cenobios, en las catedrales y capillas que va a frecuentar en su beatífica peregrinación.

Sincero creyente, habrá encontrado para el vacío de su espíritu, para la ausencia de afectos y emociones, la psíquica compensación de una religiosidad pura y cristalina que, si no lo devolvía, ante el destino irreversible, a su paraíso perdido, lo anegaba de sosiego, de dulzura y de esperanza, como hijo de Dios, hermano de todos los hombres, incorporándolo a una patria universal, sin opresores ni oprimidos. En ella, como buen cristiano, esperaba encontrar, unidos para siempre, a los seres que más y mejor amó, en este valle de lágrimas.

LA CONCIENCIA INDIA

A lo largo de su longevo existir, casi en cada libro de su obra copiosa, como una salmodia, mejor aún, como un canto de orgullo y de esperanza, el Inca Garcilaso proclama su calidad de indio, de hijo de india, de retoño del viejo linaje cusqueño, de nacido en el Cusco, de amamantado en pechos indios y nostálgico de sus patrios lares. Toda la obra respira el ambiente peruano; razón tuvo el venerable Prescott al escribir sobre los "Comentarios reales" estas expresivas frases: "son una emanación del espíritu indio". Y el austero Menéndez y Pelayo no pudo menos que confesar que eran "el libro más genuinamente americano que en tiempo alguno se ha escrito y quizás el único en que verdaderamente ha quedado un reflejo del alma de las razas vencidas".

Y le asiste el derecho de llamarse indio, de lo más granado y selecto del linaje solar de los emperadores del Cusco. Y, al sentirse tal, se considera obligado a escribir la historia de sus mayores, tratando de sus costumbres, ritos y ceremonias y en sus "antiguallas" de las cuales —escribe— como propio hijo podré decir mejor que otro que no lo sea".

Reconoce que es mestizo "porque de ambas naciones tengo prendas—apunta— que les obligan a participar de mis bienes y males; los cuales son haber sido mi padre conquistador y poblador de aquella tierra y mi madre natural de ella y yo haber nacido y criádome entre ellos" Su libro ha de ser para indios y españoles para que lo gocen juntamente, que cada uno ha de tomar lo suyo propio. Mas, es tal el poder del sentimiento indio que heredó de

su madre amantísima que todo lo impregna de él y aun cuando narra los episodios trágicos de las batallas entre invasores, un ambiente indio envuelve el cuadro.

En el prólogo y dedicatoria de los "Comentarios" ha de insistir una y otra vez en su origen indoperuano y "en haberle cabido en suerte ser de la familia y sangre de los Ingas"; y recordará que no hubo para él blanda infancia, como puericia en que beber las enseñanzas del europeo culto, porque era él "un indio nacido en medio del fuego y furor de las cruelísimas guerras civiles de su patria, entre armas y caballos, y criado en el ejercicio de ellas"... No hay quien lea desapasionadamente a Garcilaso, quien se acerque a él sin ofuscación y sin prejuicios, que desconozca que es su tónica el más puro sentimiento indio.

El insospechable Riva Agüero exclama sorprendido: "Tan imperiosa y avasalladoramente predominó en Garcilaso el amor a su tierra y a su sangre"...:

¿Quién antes ni después comunicó la admiración, el fervor, el cálido orgullo de ser indoperuano? ¿Quién describió la tierra nuestra con más honda emoción? ¿Quién narró los hechos cardinales de la historia común en cuatro siglos, con la claridad, la firmeza y el criterio reflexivo de un genial analista?

El máximo reconocimiento de su conciencia india está en el juicio definitivo que José de la Riva Agüero deja estampado en estas cinceladas frases:

"Son las suyas esas verdades generales, patrimonio de los historiadores con alma de poetas que se equivocan y yerran en lo accesorio, pero que salvan y traducen lo esencial. Y es la entraña del sentimiento peruano, es el propio ritmo de la vida aborigen, ese aire de pastoral majestuosa que palpita en sus páginas y que acaba en el estallido de una desgarradora tragedia, ese velo de gracia ingenua tendido sobre el espanto de las catástrofes, lo dulce junto a lo terrible, la flor humilde junto al estruendoso precipicio, la sonrisa resignada y melancólica que se diluye en las lágrimas".

Le fueron negadas a Garcilaso la originalidad, la veracidad, la honradez, pero nadie ha desconocido en él su profundo sentimiento indiano, las raíces vigorosas de su peruanidad, lo sustancial y eterno de su espíritu: el amor de los suyos, de los que por la madre a él estaban unidos, por la sangre y por el común recuerdo de sus pasadas glorias. Nunca se ufano de su españolía, ni lució su nombre como rebrote de hazañas peninsulares. Su valimiento fundóse siempre en la ascendencia materna. Si estaba orgulloso, lo era por sus abuelos incas.

LA HISPANIDAD EN GARCILASO

Un superficial examen de la vida y la obra de Garcilaso podría inducir a error, y muchas gentes de buena fé caerían entonces en él, sosteniendo, como no faltan algunos, la hispanidad de Garcilaso, con desmesura extrema a tal punto de opacar y debilitar lo que en él es médula y esencia.

Su larguísima estada en España, de los 20 a los 77 años, llegó a españolizarlo, dicen los pocos avisados.

La maestría en el manejo del idioma castellano, agregan otros, es una prueba concluyente de su hispanismo.

Su rancia y muy arraigada catolicidad dicen otros, le hacen par de los espíritus más religiosos de España.

Pesó mucho sobre él, apuntan no pocos, la ascendencia paterna, con sus nobles parientes y sus muchos apellidos sonoros.

Cuanto llevamos dicho podría ser un mentís a cada extremo de los aquí expuestos; pero, es mejor para claridad y orden, que lo tratemos así por separado, aunque sea brevemente.

Sólo quienes conocen al indio trasladado a los más diversos medios podrá darse cuenta de la persistencia titánica de sus caracteres fundamentales: el indio no se adapta en lo profundo a un medio distinto al suyo. En lo transferible o superficial, podrá parecer que se acomoda y emplea sin gran dificultad. Usará del idioma, de las costumbres y usos, de la cortesía, de la técnica y de las artes, de la ciencia misma, que el mundo al que llega le ofrece. Podrá parecer que el indio está civilizado, es decir, incorporado a lo que se llama una civilización distinta de la suya; pero, cuanto se equivoca, si, buen observador, sabe sorprender cómo la procesión anda por dentro. El indio no se hipoteca, no se enajena, no renuncia a su ser íntimo. Se mantiene indio en lo hondo de su ser, en lo intransferible, en lo permanente y eterno.

Cuando se examina la vida que llevó Garcilaso en España, se percibe con facilidad su descentramiento. Separado de su solar nativo, fuera del mundo de sus afectos, no logra incorporarse a la nueva vida que se abre ante él. En vano intenta seguir la carrera de las armas, pronto la abandonará. Viajará de un lado a otro de España, hasta encontrar un rincón de reposo y olvido. Quiere vivir a solas consigo mismo. Lo consigue en Montilla, en las Posadas, en Córdoba, lejos de sus orgullosos parientes, lejos de la Corte y su corrompido ambiente, lejos de España, porque ya no es España lo que él vive sino su América, su Perú materno, que está recreando en una extraversión maravillosa. En su retiro ascético, solo, él un indio que sólo ama a los suyos, como la araña

va tejiendo la tela de su historia y comentarios, con algo que es su propia sustancia. Esa es su tarea. Razón tienen quienes dicen que “nada hizo”, que su vida en España es una página en blanco. Si, si, su inmunidad fué absoluta. El idioma no es sino un instrumento que se puede manejar mejor o peor, pero nada tiene de esencial para la formación de un espíritu. No porque Garcilaso usara del idioma con maestría, se puede decir que fué un español o que poseía una cultura española exclusiva. Bueno está decirlo desde ahora. A Garcilaso no le interesó jamás ni la historia ni la literatura de España. No hay una sola cita de autores hispánicos. Para acercarse a la Europa culta, él preferirá a los italianos. Adiestrado en el latín de Nebrija podrá llegar más pronto a las fuentes clásicas. Le serán familiares los grandes historiadores romanos. Habrá leído con delectación a Ariosto, a Boccaccio, a Guicciardini, Boyardo, Piccolomini y entre los franceses, a Bodin. Nada le dice la historia de España con su Cid Campeador; nada tiene que ver con Don Pelayo o Doña Urraca. Para él no hay otro pasado que pueda interesarle que el pasado incaico.

El es católico, cristiano mejor que apostólico romano; siente la belleza de la religión evangélica, en su candor e inocencia primitivos. No es un católico a la manera de Torquemada o Domingo de Guzmán. Admirará entre los nuevos apóstoles a Fray Bartolomé de las Casas, por encima de Ignacio de Loyola. En su alma anida la ternura de Francisco de Asís. No es español por católico.

Los de Feria y el Infantado, los pomposos títulos propincuos al linaje paterno, son para él sin valor y sin sentido. Mejor está sin ellos, en su rincón, no envidiado ni envidioso. Vivirá en paz, en su mundo, con la pluma y sus libros, sin más contacto que el obligado. Dialogará mejor con Cieza de León, Gomara, Zárate y el padre Acosta; refirá con el Palentino, siempre sobre cosas del Perú, tocante a lo que él sabe y le gusta.

CONTRA LA TACTICA DEL MESTIZO

Ejemplar es la conducta del Inca Garcilaso al no seguir la mimética maniobra de los de su doble stirpe. En todos los tiempos, el mestizo ocultó —víctima de un complejo de inferioridad— su origen indio. Proclamóse español cien por cien, despreció a los suyos, hízose aliado de criollos y peninsulares, fué el saiyón implacable del aborígen. No sólo no era indio sino que jamás se declaró mestizo. De que distinta manera procede el ilustre cusqueño. Oigámosle, cuando se refiere al vocablo mestizos: “por decir que somos mezclados de ambas naciones, fué impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias; y por ser

nombre impuesto por nuestros padres y por su significación **ME LO LLAMO YO A BOCA LLENA Y ME HONRO CON EL**. Aunque en Indias si a uno de ellos le dicen “Sois mestizo” o es un mestizo, lo tienen por menosprecio”. Valientemente arrostra tales prejuicios y se adelanta en siglos a la nueva conciencia americana que hoy proclama con orgullo sus raíces nativas.

Pero, no queda allí Garcilaso. No es bastante sentirse partícipe de los dos caudales étnicos: precisábale subrayar la excelencia de lo genuinamente americano, de la sangre autóctona, acentuar la herencia india, exaltarla, esgrimir su indianismo con orgullo; y es entonces que, como en otras páginas se anota, declara una y cien veces que él, un descendiente de nobles hispánicos, con un apellido ligado a reyes, se siente, por encima de todo un **indio**, un auténtico aborígen peruano. No le importa a él que, al confesar su bastardía en la España de Felipe II, ciérrase las puertas del favor y de la conveniencia. Pudo ocultar su extracción, ostentando sólo el apellido legendario de los Garcí Lasso de la Vega, los Suárez de Figueroa, los Mendoza, los Manrique, los de Sotomayor y tantos más ilustrísimos en la grandeza y el privilegio cortesanos. Otro con menos austeridad y virtud habría explotado en su provecho el parentesco patrilineal, olvidando adrede el materno. Pero, él, cuando precisa llamarse Garcilaso, firmará siempre Inca, y en todos los casos, como profesión de fé, como rasgo fundamental de su filiación, declarará solamente ser un indio. No sólo dirá de palabra que lo es, sino que procederá como tal en todos los actos de su vida, y serán el sentimiento y la conciencia india los que animen su obra entera.

ENTEREZA MORAL E IDEALES POLITICOS

El criterio fundamental para juzgar a un autor es el colocarse en la posición de éste, dentro de su mundo, respirando en su ambiente. Quien censure a Garcilaso por algunos párrafos laudatorios, por cierta blandura en sus juicios, por extremada catolicidad, procede injustamente, porque falta al criterio histórico. Garcilaso el Inca vivía en España, bajo Felipe II, es decir, en el momento culminante de la peor vida española. Todo el poder político en las manos del monarca del Escorial. A su servicio las organizaciones más sombrías de aquellos tiempos. Entonces—y parece tan lejos—los hombres eran perseguidos por su raza y por sus ideas. Morían a millares en téticas prisiones si no ejecutados con deshonor y escarnio. La más leve sospecha era bastante para borrar una existencia. Nuestro Garcilaso era un indio, era un hombre de color, un infiel, a la misma altura que un morisco o

un judío. Todavía por el lado español, su situación no era mejor. Andaban por allí crónicas como la del Palentino en que se pinta a su padre el Capitán como un traidor a la Corona, un compañero e íntimo amigo de aquel Gonzalo Pizarro que se iba alzar con el reino. Aquella apasionada versión pasaba, sin embargo, a ser prueba definitiva en el Consejo Supremo de Indias, donde la esgrime victoriosamente el Licenciado Lope García de Mendoza, determinando la condena a la miseria y el olvido a Garcilaso y sus familiares. Nunca obtiene el Inca un favor real, aun cuando haya servido a su costa en los ejércitos de Navarra y de Granada, aun cuando don Juan de Austria lo recomiende. Nunca quisieron saber de él poderosos parientes como los Condes de Feria y Duques del Infantado. El joven Marqués de Priego don Pedro corta con él toda relación y habría perdido sus últimos dineros si los censos que el Marqués viejo impuso en sus bienes no fueran irredimibles. Ningún valimiento alcanza y tiene que renunciar al mandato de sus parientes indios que le encomiendan la gestión de sus peticiones. Vive en modestia y digna pobreza, retirado en Córdoba. A nada aspira, mucho menos a volver a su amado terruño, del cual se siente exilado para siempre. ¿Habría de volver, se lo permitirían por un instante después del crimen de Francisco de Toledo, el frío asesino de Tupac Amaru, el implacable exterminador de la nobleza incaica, que manda a morir en climas insalubres, en el abandono y la miseria, a los últimos retoños del árbol imperial, sin perdonar a dos tiernas niñas de pocos años que salva la caridad del arzobispo Jerónimo de Loaiza? Desterrado para toda la vida, hubo de componer su existencia dentro del medio extraño, introvertiendo su propio mundo, su Cusco, su Perú, su América, en feliz hora, porque así crearía esplendente, deslumbrador, el Perú eterno de sus páginas magistrales.

Con amargura, pero también con estoicismo se resigna a su suerte y escribe aquellas ejemplares frases: “(se refiere a la fortuna), cuyos disfavores y persuasiones me han forzado a que la huyese y me escondiese en el puerto y abrazo de los desengañados, que son los rincones de soledad y pobreza”. Su retiro es como una protesta, lo aprovechará no él sino el porvenir de su patria y de la humanidad entera.

Allí, como un sacerdote de la justicia, consciente de su papel y de la trascendencia de su obra, se impondrá como regla de acero estos mandatos que deberían ser norma universal. “Ni en abono, ni en el mal suceso de nadie—dice—,pretendo adular a quien quiera que sea, añadiendo o quitando de lo que fué y de lo que pasó en hecho de verdad. La Historia manda y obliga a escribir verdad so pena de ser burladores de todo el mundo, y por

ende infames”. Con tan austeras sentencias, inicia el Inca su magisterio. Hay en él toda la grandeza y majestad de sus mayores los reyes del Perú. Su entereza moral es de granito.

Y comienza a desenmascarar a los falsarios. Son de fuego estas frases con que termina su verdadera relación del drama de Cajamarca: “El General español y sus capitanes escribieron al Emperador la relación que los historiadores escriben; y en contrario, con grandísimo recato y diligencia, prohíben entonces que nadie escribiera la verdad de lo que pasó, que es lo que se ha dicho”. En cada capítulo, casi en cada página, estampa una rectificación, un desmentido, a cuantos historiadores españoles escribieran hasta entonces. Lo hace con comedimiento e hidalguía. Pero bajo aquel cendal con que él cubre cuanto escribe palpita, como su corazón de indio, el espíritu rebelde que no supieron descubrir quienes entonces lo leían, que ahora se yergue y adquiere su prodigioso sentido. Diestro en la dialéctica de los varones rectos que no aplasta la fuerza opresora, circulan aquellos conceptos que en su tiempo, como dice la Real Orden Reservada, “se les creyeron inocentes”. Sabe ocultar al Argos inquisitorial, con hábil maniobra, el blanco de sus ataques. Desorienta, con fintas sutiles, a los persecutores de la herejía que, oh sancta simplicitas, dejan libre de censura los párrafos vitandos y errando la presa entregan como pieza cobrada la inocente traducción de los Diálogos del Amor de León el Hebreo. No sin risueño comentario, el astuto indio, que comprueba el chasco, anota que aquello “anda traducido en todas las lenguas hasta en el lenguaje peruano” y todavía, con irónico acento subraya: “por lo cual con JUSTO acuerdo la Santa y General Inquisición de estos reinos, en este último expurgatorio de libros prohibidos, no vedándolo en otras lenguas lo mandó recoger en la nuestra vulgar, porque no era para vulgo”.

Y muy seriamente agrega (muerto de risa interior): “aunque después acá he oído decir que ha habido réplica sobre ello, y porque estaba dedicado al Rey N. S. Don Felipe II que Dios haya en su gloria”.

Recordaba el cazurro perulero que una noche en el Escorial fué leída la traducción que él hizo y que tuvo la virtud de alejar la murria de aquellas veladas, así sólo fuese por unas horas.

Admírase con razón Riva Agüero que pasase sin reparo aquella “invectiva tan vehemente aunque sorda y disfrazada” que el Inca estampó con todas sus letras en el capítulo IV, libro II de la Primera Parte de la Historia de la Florida, cuya referencia a los recientes sucesos de Aragón era indudable. Vale mucho la entereza de quien se atrevió a escribir de esta suerte:

“Príncipes y reyes que se preciaban del nombre y religión cristiana, los cuales después acá, quebrantando las leyes y fueros de sus reinos, sin respetar su propio ser y grado, con menosprecio de la fé jurada y prometida, sólo por venganza de sus enojos y por haber los ofensores, han dado inocentes por culpados, cosa indigna y abominable, considerada la inocencia de los entregados y la calidad de algunos de ellos, como lo testifican las historias antiguas y modernas, las cuales dejaremos por no ofender oídos poderosos y lastimar los piadosos”.

Habría que recurrir al Padre Mariana para encontrar algo semejante. Nuestro Inca era capaz de tal coraje.

¿Cómo procedería para señalar el camino de vuelta al Perú libre, al Perú dueño de sus destinos a aquel Perú glorioso de sus ensueños? Ni intentarlo siquiera como una conclusión de la Primera Parte de los Comentarios. El Imperio moría con sus últimos reyes.

Tampoco era viable programar una acción política. Ni por asomo. Sagaz y sutilísimo, había de valerse de acontecimientos históricos ajenos, si nó contrarios, al parecer, a su recóndito ideal. Utilizaría—con cuanto ingenio—la rebelión de Gonzalo Pizarro. De él y de su maestro de campo y gran consejero haría las figuras centrales en el teatro del pasado, con la virtud de proyectarse sus reflexiones sobre el porvenir.

Amnistiaba a Carbajal y aun a Gonzalo de cuantos males causaron directa o indirectamente a los suyos, para conseguir que en ellos sólo resaltara lo que constituía su esencial interés: lo que pudo ser, lo que podría ser alguna vez, su amada patria, independizada del yugo peninsular. En los largos capítulos de la insurrección gonzalista vibra la simpatía del Inca, a pesar de Bachicao, el cobarde asaltante de la casa materna. Muchas veces está a punto de descubrirse; pero se impone la cautela y el hábil cronista repasa una y otra y otra páginas del manuscrito no sea que la inadvertencia o el descuido le hagan decir más de lo que sólo es dable ofrecer a los buenos entendedores. Protesta una y muchas veces su imparcialidad y sobre todo, en tratándose del Demonio de los Andes, tan simpático para él desde sus niñeces, aunque no lo diga, se esfuerza porque cuantos le lean queden convencidos de su justicia y rectitud. Hablando de lo acertado que fué el consejo de Carbajal a Gonzalo, dice: “para decir lo que hizo aquel día que no anduvo tan desatinado, como uno de los autores le hace, sino muy en contra, como yo lo diré, no por obligación de beneficios, que cosa mía hubiese recibido de Francisco de Carbajal, antes deseó matar a mi padre después de la batalla de Huarina y procuró hallar causas para ello, sacadas de sus imaginaciones y

sospechas, y conforme a esto antes había de decir yo mal de él que volver por su honra; pero la obligación del que escribe los sucesos de su tiempo para dar cuenta de ellos a todo el mundo, me obliga y aun fuerza, si se puede decir, a que sin pasión ni aflicción diga la verdad de lo que pasó, y juro como cristiano que muchos pasos de los que hemos escrito los he acertado y cercenado por no mostrarme aficionado o apasionado en escribir tan en contra de lo que los autores dicen, particularmente el Palentino que debió ir tarde a aquella tierra y oyó al vulgo muchas fábulas compuestas a gusto de los que las quisieron inventar, siguiendo sus bandos y pasiones”.

Y con este largo introito, pasa nuestro Inca a ocuparse de la Revolución que, comenzando por ser, como en efecto fué, una algarada de ricos terratenientes que protestaban contra las Nuevas Leyes, esas Leyes que, en apariencia, vendrían a redimir al pueblo indio, maduró hasta convertirse en el primer movimiento de independencia nacional que sólo frustró la poquedad o la indecisión de su jefe.

Debió nuestro Inca descubrir la entraña de este trascendental carácter de la rebelión gonzalista, para dedicarle su simpatía y preferencia palmarias, por encima de toda consideración, la afectiva en primer término, puesto que sufrió en sí mismo y en los suyos los rigores de aquellos trágicos días. Es indudable y ahora lo vemos más claramente que estuvieron en lo cierto quienes incitaban a Pizarro a fundar el reino del Perú. Si con los inmensos recursos que concentró en sus manos Gonzalo y la adhesión descontentada del pueblo indio, se da el gran paso histórico, el triunfo había sido incommovible y casi trescientos años antes de la Guerra de la Independencia, el Perú, es decir una mitad de Sudamérica, habría constituido un poderosísimo Estado soberano. El rumbo de la historia habría sido otro muy distinto; pero, un hado adverso frustra en el Perú todo movimiento de gran estilo.

“Toda la tierra estaba por Gonzalo Pizarro”. Procurador, Gobernador, árbitro en fin, con ejército y armada, con cuantiosos capitales, puestos por entero a su disposición, que la guerra era un juego del todo por el todo. Hasta la vesania de Blasco Núñez de Vela estaba a su servicio. Se habían conjurado todos los factores favorables.

Bien lo merecía, porque Gonzalo, a diferencia del hermano Gobernador y aun de Hernando, era hombre generoso y cabal. Son palabras del Inca estas que trazan el retrato moral del caudillo: “Gonzalo Pizarro, en la común opinión de los que le trataban de cerca y le conocían, era hombre de bastante entendimiento, ni caviloso ni engañador, ni de palabras dobladas, sino

sencillo hombre de verdad, de bondad y nobleza, confiado de sus amigos que le destruyeron”.

Son también suyas estas muy reveladoras frases, en las cuales—si bien se lee— ha de hallarse muy a las claras la simpatía de Garcilaso por la solución que aconsejaban reiteradamente a Gonzalo, sus principales amigos, como Carbajal y Puelles:

“Por no haberse atrevido Gonzalo Pizarro a EMPRENDER UN HECHO QUE TAN BIEN LE ESTABA, según sus amigos decían, entendiendo la gente común que era por falta de discreción y no por sobra de buen respeto a su rey, le notaron de falta de ánimo, y motejaron de cortedad de entendimiento...”

Son dignos de recordarse los razonamientos del Maese de Campo. Su texto es una página de política magistral; helo aquí, que conviene retenerlo: “Señor, muerto un visorrey en batalla campal, y cortada su cabeza y puesta en la picota, y que la batalla fué contra el estandarte real de S. M. y que antes y después ha habido tantas muertes, robos y daños, como se han hecho, no hay para qué ya esperar perdón del Rey, ni otro concierto alguno, aunque V. S. dé sus disculpas bastantísimas, y quede más inocente que un niño de teta; ni hay para que fiar de promesas, ni de palabras por certificadas que vengan, sino que V. S. se alce y se llame Rey; y la gobernación y el mundo que espera de mano ajena se lo tome de la suya, y ponga corona sobre su cabeza, y reparta lo que hay vaco en la tierra, por sus amigos y valedores; y lo que el rey le da temporal por dos vidas, se lo dé V. S. en mayorazgo perpetuo, con título de duques, marqueses y condes, como los hay en todos los reinos del mundo, que por sustentar y defender ellos sus estados, defenderían el de V. S. Levante órdenes militares, con nombre y apellido de los de España, o de otros santos sus devotos, con las insignias que por bien tuviere, y para los caballeros de los tales hábitos señale rentas y pensiones de que puedan comer y gozar por sus días, como lo hacen en todas partes los caballeros militares...”

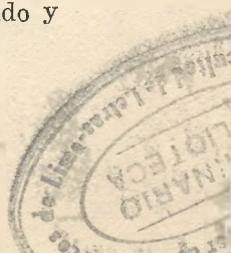
Y para atraer a los indios a su servicio y devoción, para que mueran por V. S. con el amor que a sus señores Incas tenían: tome V. S. por mujer y esposa la infanta que entre ellos se hallare más propincua al árbol real....

Demás desto tendrá V. S. del Inca no solamente todo el oro y la plata que los indios sacaren en este Imperio, pues ellos no lo tenían por riqueza ni tesoro, sino también todo el tesoro que tienen escondido (como es notorio) de los reyes sus antecesores, que todo se lo dará y entregará a V. S., así por el parentesco como verse restituído en su majestad y grandeza, y con tanto oro y plata como la fama dice, podrá V. S. comprar a todo el mundo si quisiere

ser señor de él, y no repare V. S. en que le digan que hace tiranía al rey de España, que no se la hace, porque como el refrán lo dice, no hay rey traidor. Esta tierra era de los Incas, señores naturales de ella, y no habiendo de restituírsela a ellos, más derecho tiene V. S. a ella que el rey de Castilla, porque la ganó por su persona, a su costa y riesgo, juntamente que sus hermanos; y ahora en restituírsela al Inca, hace lo que debe en ley natural; y en quererla gobernar y mandar por sí, como ganador de ella, y no como súbdito y vasallo de otro, también hace lo que debe a su reputación, que quien puede ser rey por el valor de su brazo, no es razón que sea siervo por flaqueza de ánimo. Todo está en dar el primer paso y la primera voz.... Muera V. S. rey y no súbdito” &.

La carta de Francisco de Carbajal contiene una filosofía política del más puro estilo maquiavélico; no en vano se le hace originario de la casa Borgia... Miradas las cosas con la perspectiva histórica, no se puede menos, como se dijo ya, que admirar el pensamiento genial de quien propuso, con agudísimo talento, la solución de esa hora. Mas, para Garcilaso Inca, no perdía su valor la fórmula de Carbajal, sobre todo cuando propone el estatuto que conciliaba a los dos Perús que en ese instante adquirían contorno, y cuyo texto, extraído de la carta, y con perjuicio de su integridad y lógico enlace, reproducimos en seguida para destacarlo aun más. Dice así:

“Envíe sus embajadores a las montañas donde está encerrado el Inca heredero de este Imperio, pidiéndole salga a restituirse en su majestad y grandeza, y que de su mano dé a V. S. por mujer la hija o hermana que tuviere; que bien sabe V. S. cuanto estimará aquel príncipe su parentesco y amistad; y además de ganar el amor universal de todos los indios con la restitución de su Inca, ganará V. S. que harán muy de veras lo que su rey les mandare en vuestro servicio, como alzar los bastimentos, despojar los pueblos, cortar los caminos por donde quiera que sus enemigos quisiesen acometer a V. S.; en fin, serán todos los indios de vuestro bando, que no ayudando ellos a los contrarios de V. S. con bastimentos, ni con llevar cargas, no pueden prevalecer ni ser parte en esta tierra; y el príncipe se contentará con el nombre de rey y que sus vasallos le obedezcan como antes, y gobierne en la paz a sus indios, como hicieron sus pasados, y V. S. y sus ministros y capitanes gobernarán a los españoles y administrarán lo que tocare a la guerra, pidiendo al Inca que mande a los indios. hagan y cumplan lo que V. S. ordenare y mandare; y entonces tendrá seguridad de que los indios no le engañen, ni sean espías dobles, como ahora lo son, sirviendo a el un bando y al otro”...



Impresionó profundamente el consejo a Gonzalo que, desde entonces llamará Padre a Carbajal; pero, por desgracia para él y para el Perú, no supo seguirlo, perdiéndose la oportunidad histórica de constituir el gran Estado Independiente que nunca más se pudo formar.

Cómo debió agigantarse ante el Inca Garcilaso la señera figura de Francisco de Carbajal. Aquel temible gerifalte de su visión infantil cuando le contemplaba medroso, vestido con su albornoz morado y puesto a la cabeza su gran sombrero de plumas, caballero en su mula de color entre pardo y bermejo. Cómo crecía en su afecto y admiración y se esfumaba para él todo rencor.

SOMBRAS FEMENINAS

A más de los sesenta años comienza a escribir "Los Comentarios" el Inca Garcilaso. No hay, no podía haber resabios galantes en quien, por su edad, no pensaba en tales devaneos. Escribe casi como un monje si no fuera por el rescoldo lírico que hace revivir las llamas de su amor pánico por la tierra nativa y de su pasión inextinguible por su raza antigua y ahita de gloria.

Pocas mujeres pasan por el libro. Son matronas virtuosas, prudentes y exiguas de belleza, en unos casos. Ladinas como la comadre de Carbajal o discretas como la esposa de Nicolás Rivera el Viejo. Sólo una vez habla de la "moza hermosa" que desde su balcón miraba a la calle y atrajo y sedujo tan ardorosamente a su compañero. Pero Altamirano que no atinó a sofrenar el caballo que montaba y fué a resbalar por la grupa, sin daño para él, por la nobleza del animal, que a tiempo se detuvo. Pasan borrosas figuras tan interesantes como la mujer de Francisco Hernández Girón. Anónimas las señoras que formaban el concurso en el matrimonio que este caudillo interrumpió con su desgraciada aventura soldadesca.

En cambio y pese al peso de sus sesenta y tantos largos años, aligérase al recuerdo de alguna india que él vió, de alguna otra de que le contaron y luego aquellas míticas del tiempo incaico. Con entusiasmo de mocedad, escribe, refiriéndose a la mujer de Sayri Tupac:

"Era hermosísima mujer y fuéralo mucho más si el color "trigueño no le quitara parte de la hermosura, como lo hace a las "mujeres de aquella tierra que por la mayor parte son de buenos rostros".

¿No le pondría el alma en un hilo contemplarla? En Yucay o en el Cusco debió cultivar relación con aquella princesita de dieciseis años.

Habla de una hija o sobrina de Francisco de Miranda que casóse en casa de Garcilaso el capitán, la cual fué “mestiza que fué muy mujer de bien”. Quiso decir honesta.

Pero por honestas que fueran, era difícil librarlas de Diego de Carbajal el Galán, aquel tenorio de quien cuenta el Inca que hizo fechorías en la ciudad del Misti, provocando tragedias, que hubo muchas mujeres que se envenenaron, “como la buena Lucrecia”.

No hablaba bien sino con ironía del casamiento de las viudas ricas, como la de Alonso de Toro con el secretario de la Gasca, aquel don Pedro López de Cazalla, de quien se dice que escribió una crónica muy erudita que se ha perdido. Refiere las segundas nupcias de su tía la Palla Beatriz que, muerto Bustinza, su primer marido, se niega a casar con el Siracamayoc (o sastre) Diego Hernández, y cuando, por intervención de Paullu, acepta por fin, responde a la sacramental pregunta de “si lo quiere por su esposo y marido”, con aquella cazorra evasiva muy india:

“Puede que lo quiera Ichach munani.
Puede que no lo quiera Ichach mana munani.

En cambio dice que Francisca, la hija del viejo Pizarro el Gobernador, “salió una valerosa mujer” que casó más tarde con su tío don Hernando. No olvidará en sus reminiscencias a aquella Ceres hispana, doña María de Escobar que introdujo el trigo en el Perú y que él conoció.

No quiere nombrar a las mujeres casadas de España que se resisten a venir a Indias y prefieren perder sus encomiendas “por no dejar a Sevilla que es encantadora de los que la conocen”. El quiere guardar de esta manera “la reputación y honor de todas”. Pero, poco más adelante escribe, refiriéndose al matrimonio forzoso que establecieron las autoridades: “y a muchos de los pretendidos les señalaron las mujeres con quien habían de casar, que como el Virrey no las conocía, las tenía a todas por muy honradas y honestas, pero muchas de ellas no lo eran”.

Y asocia a aquellas **pampawarmi** que vivían fuera de poblado en tiempos del Imperio. Amor libre y también amor muy ardiente, como el de aquella hembra que acude al reclamo del tañedor de quena y que al ser detenida por un español, le ruega:

“Señor: déjame ir donde voy, sábetete que aquella flauta que oyes en aquél otero me llama con mucha pasión y ternura, de manera que me fuerza ir allí; déjame, por tu vida, que no puedo dejar de ir allá, que el amor me lleva arrastrando para que yo sea su mujer y él mi marido”.

Se le ocurre a quien sigue el paso de esta biografía preguntarse si el Inca Historiador fué misógino. Nada hace sospecharlo,

aun cuando nada tampoco lo contradice. Guarda púdico silencio sobre el escabroso tema. No tratándose, sino en mínima parte, de relatar asuntos autobiográficos, no cabía dentro de los límites y la naturaleza de sus libros hacernos la confidencia de sus amores felices o desgraciados.

Pedírsele a un septuagenario casi y por añadidura eclesiástico sería impertinencia. Por qué no pudo ser como los demás, amigo de féminas alegres en sus andanzas juveniles. Capitán en Navarra y en Granada, indiano generoso en Sevilla —“que es encantadora de los que la conocen”—, con la escarcela abierta pudo tener más de una aventurilla. Mozalbetes bien quisto en su tierra cusqueña, cuántas mujeres de su linaje y aun mestizas, criollas o peninsulares pusieran el ojo en aquel Gomecillo Suárez de Figueroa, secretario del Corregidor, hijo mimado de uno de los más ricos encomenderos, jugador de cañas, ginete elegante y despierto ingenio.

Amor, hondo y verdadero amor no sabemos, ni se podrá saberlo nunca, si él profesó a alguien y si fué o no correspondido. No hay, sin embargo, resentimiento o represión mórbidos que hiciera imaginar misoginia. El viejo excapitán, clérigo y, ahora inmortal analista, vive al calor de un hogar asistido por cuidados femeniles. Beatriz de Vega, su criada, Marina de Córdoba, su esclava morisca y María de Prados que él ha criado desde los diez años, harán menos invernales sus años postreros. La amada incógnita será solo una invisible sombra.

Será la Palla Elisabeth, la princesa madre, el símbolo venerado de la Mujer Unica, la sola imagen tangible en el alma crepuscular de Garcilaso.

“ENTRE ARMAS Y CABALLOS”

Era Garcilaso un caballista mejor aún que un soldado. Pese a su capitanía, a los gratuitos servicios en Navarra y Granada y a los domésticos trofeos, no fué nuestro Inca un espíritu guerrero.

En cambio, es grande la afición que desde niño tiene por los caballos. La noble bestia despierta su imaginación infantil y no la olvida más hasta sus postreros días.

Cuando el Capitán su padre retorna de Los Reyes al Cusco, rehénpreciado de Gonzalo, va a su encuentro a la espalda de uno de los fieles yanacuna de la casa hasta Quispicanchi, más de cuatro leguas de la capital incaica, pero vuelve, en la comitiva triunfante, ginete en manso rocín con su palafrenero indio. Apenas si contaba siete años. En las pesebreras del solar paterno, pulula entre caballos admirando su porte y color, sus cualidades y defectos, asesora-

do por albéitares y caballerizos españoles y criollos, que los indios no abrazaron nunca tal oficio.

El jovenzuelo ha de lucirse en dos públicas ocasiones, jugando cañas en briosos corceles. Primero cuando se festeja la venida al Cusco del Inca Sayri Tupac, a quien sorprende que uno de su linaje y tan muchacho domine así a la bestia que mayor parte tuvo en el buen éxito de la Conquista. La segunda vez, mocito de dieciocho años, el Inca participa de la cuadrilla encabezada por el vecino y antiguo alcalde don Antonio de Quiñones. Monta un potrillo de tres años, con lujosos arreos y él viste como un noble. Preséntase al concurso con los de su grupo en esta ocasión solemne de jurar por rey a Felipe II, el 8 de diciembre de 1557. Nunca había figurado aun su nombre en las crónicas. Pero, he aquí que en "Noticias Cronológicas del Cusco" año el citado, enumérase los componentes de las dos cuadrillas jugadoras de cañas. Fueron estos:

1) Antonio de Quiñones, Jerónimo Castilla, Diego de los Ríos, Juan de Pancorbo, Juan de Sillerigo su hijo, Antonio de Marchena, don Carlos Yupangui Inca, Juan de Salas y Valdés, Gaspar de Sotelo, Gómez Suárez de Figueroa, hijo de Garcilaso de la Vega, Pedro de Orué, Juan de la Plaza, Juan de Isturizaga.

2) Juan Julio de Hojeda, Gómez de Tordoya, su cuñado, Gonzalo de Cabrera en lugar de Rodrigo de Esquivel por traer luto, Alonso Alvarez de Hinojosa, Mancio Sierra, Diego de Vargas que salió en lugar de Pedro López de Cazalla, su cuñado por estar enfermo de gota, Alonso de Loiza, Martín de Meneses, Ordoño de Valencia, Fabián de la Torre, alguacil mayor, el contador Francisco Zapata, Miguel Sánchez. El solo enumerar tales nombres nos revela que alternaba nuestro Gómez con la flor y nata de aquella aristocracia encomendera.

Frecuentes viajes a los repartimientos y tierras del padre, en Cinchay puiju y Huamanpallpa de Cotnaeras, excursiones por el deleitoso valle de Yuca y hasta una muy larga por Charcas, llegando a los Cheihces, cerca a la actual frontera argentina, convirtieron al Inca en un hombre de a caballo, como lo fueran su padre y los de su linaje.

Pero, no es la utilidad sino un auténtico amor hípico el que inspira a Garcilaso, y a todo lo largo de sus narraciones en Perú y Florida, surgen recuerdos que parecerían ingenuos si no acusaran una legítima afición por el caballo.

¿Quién no ha leído aquel poema de las aventuras de Hernando de Soto sin encontrar a cada instante como leal y generoso compañero del hombre a su caballo? Oigamos estos párrafos inmortales:

"El de Gonzalo Silvestre (habla del caballo) era el más cierto

“ en el rastro y en hallarlo cuando lo perdían, más no hay que es-
“ pantarnos de esta bondad ni de otras muchas que este caballo tu-
“ vo, porque de señales y color naturalmente era señalado para
“ en paz y en guerra ser bueno en extremo, porque era castaño os-
“ curo, peceño, calzado el pie izquierdo y lista en la frente que be-
“ bía con ella; señales que en todos los colores de los caballos o sean
“ rocines o hacas, prometen más bondad y lealtad que otros ningun-
“ nos, y el color castaño, principalmente peceño, es, sobre todos los
“ colores, bueno para veras y burlas, para lodos y polvos. El de
“ Juan López de Cacho era bayo tostado que llaman zorruno. de ca-
“ bos negros, buenos por extremo, mas no igualaba a la bondad del
“ castaño, el cual guiaba a su amo y al compañero. . . Delante de to-
“ dos ellos en gran trecho venía Núñez Tóvar, corriendo a toda furia
“ encima de un hermosísimo caballo rucio rodado, con tanta roicidad
“ y braveza del caballo y con tan buen denuedo y semblante del
“ caballero que, con sola la gallardía y gentileza de su persona, que
“ era lindo hombre de la gínetá, pudo asegurar de todo peligro los
“ dos compañeros”.

Se sorprende de la resistencia extraordinaria del animal a las tareas agotadoras de viajes y campañas a través y por encima de naturaleza tan áspera como la de este continente, y comenta: “Para que los caballos puedan sufrir el demasiado trabajo que en las conquistas del Nuevo Mundo han pasado y pasan, tengo para mí, con aprobación de todos los españoles indianos, que acerca de esto he oído hablar, que la principal causa sea el buen pasto del maíz que comen, porque es de mucha sustancia y gratísimo para ellos y para todo animal”.

El aprecio que el conquistador tenía por su caballo llegaba a la idolatría. Recuerda Garcilaso aquel episodio en que, después de una batalla, dice uno de los combatientes:

“—Todos cuatro salimos heridos, y yo fuí el más lastimado; “porque la herida de mi caballo la tomara yo más aina en mi per- “sona por la falta que me hizo”.

Y el Inca historiador agrega:

“Era común dolor de todos los españoles que ganan el Nuevo Mundo, sentir más las heridas de sus caballos que la suya, y ansi lo encareció este caballero”.

Muchas páginas después, recordando la batalla de Huarina, traza Garcilaso el cuadro de aquella hecatombe caballística. “Que fué tan cruel—dice—que otro día después de la batalla se conta- ron ciento siete caballos muertos (de ciento ochenta y dos que eran), en un espacio de dos hanegas de tierra, y fué mi padre quien los contó”.

Quién había de decirlo, años más tarde, que fuera también un

caballo el origen de su descalabro en la Corte. El famoso “Salinillas”, de cual trataremos aparte .

Para concluir este capítulo de hípica garcilasista, no olvidemos que fué Almaraz el caballo en que huyó después de Pucará el rebelde Francisco Hernández Girón y que le llamaban Huancavelica a un caballo de Fulano de Coca, al cual caballo “porque le faltaba el aliento le horadaron las narices por cima de las ventanas”, cosa que espantó a los indios. Caballo y no su conocida mula fué la que arrojó por tierra a Francisco de Carbajal, en su huida después de Jaquejahuana. Era mediano y castaño algo vejezuelo que yo conocí—dice el Inca— y le llamaban Boscanillo, había sido muy lindo caballo de obra”.

Mucho le impresionó el que montaba el Licenciado Cepeda que era castaño oscuro “e iba encubertado todo el cuello y pechos y caderas de cuero de vaca, galantemente aderezado, teñido de negro que parecía muy bien por la novedad del ornato”

La nobleza del bruto encuentra en él frases de admiración cuando salva, al detenerse en la carrera, una vez a un muchacho compañero suyo. muy enamorado que descuidó la dirección por contemplar a una “moza hermosa”, y en otra oportunidad al noble caballero Juan Julio de Hojeda después de una acción de armas Y aquel otro de Francisco de Ulloa que, desjarretado de una cuchillada de ambas piernas, por encima de los corvejones, corre cincuenta pasos más y caen muertos jinete y cabalgadura.

El niño está atento a todas estas historias y lanceas y no olvida nunca todas estas particularidades ni aun el color de las caballerías.

Ya anciano, en España, no le faltan bien provistos pesebres, de donde ha de salir aquella cabalgadura que presta y nunca más devolverá, con dolor de su dueño, su compañero de infancia en desgracia Juan Arias Maldonado, hijo de Diego de Maldonado el rico. Cierra con él la historia de los caballos que conoció. “Y de aquel uso antiguo—recuerda nostálgico—se me pegó a mí algo que yo sabía herrar y sangrar los caballos de casa de mi padre, cuando se ofrecía caminar”...

Entre armas y caballos pasó su juventud.

“SALINILLAS”

Cuando el Capitán Garcilaso, mal de su agrado, hubo de acompañar a Gonzalo en su campaña del norte, persiguiendo al virrey, iba sin blanca y en cabalgadura que no correspondía a quien era apuesto jinete de ambas sillas, airoso caballero que así le pintan cuantos le conocieron en su mocedad y aun en la edad

madura. Fué en las vecindades de Quito que se le ofreció la ocasión de adquirir un hermoso caballo por la venta que le hizo un soldado apellidado Salinas.

El Inca Historiador refiere que la compra hubo de hacerla con préstamos en dinero y que el precio fué de 960 ducados.

En recuerdo de su primitivo ginete, "Salinillas" llamaron al noble bruto, y "Salinillas" fué inseparable de su nuevo señor en todas sus accidentadas correrías, a través de sierras y desiertos, de valles y de páramos, de un extremo a otro del inmenso Perú. Bravo corcel de guerra, como paciente bestia "Salinillas" estuvo siempre a la altura de las circunstancias, luciéndose, como caballo de raza en las ocasiones solemnes, en los vistosos desfiles, en las entradas triunfales, con su bello juego de brazos, alta la testa, ruidoso de bufidos, piafante en las pausas. Sirvió a su amo con esa fidelidad y adhesión que tan admiradas son en rocines y jamelgos, en potros y jacas, cualesquiera sean sus calidades. Demás está decir que el caballero se sentía orgulloso y agradecido y que no envidiaba los corceles ajenos por famosos que fueran.

"Salinillas" triunfó en Añaquito, entró vencedor a Lima, prosiguió hacia el sur hasta llegar a Huarina, donde había de darse la más encarnizada batalla que cuenta la historia de las guerras civiles.

Nunca se viera mayor carnicería y nunca la equina raza sufrió mayor desastre. Minuto a minuto la victoria y la derrota alternaban en uno y otro campo, y el propio caudillo estuvo más cerca de la muerte que en ninguna otra oportunidad. Herido y maltrecho, sin caballo, quedó Gonzalo a merced de cualquiera, si en ese instante no se presenta en su auxilio el capitán Garcilaso, quien viéndolo en tal apuro, desmonta y salva al jefe sobre el lomo de "Salinillas". Hidalga y elemental conducta que, años más tarde, importara muy seria responsabilidad.

Pasaron muchos días y el Capitán quedó a pie, porque Gonzalo ni lo devolvía a "Salinillas" ni le entregaba otra cabalgadura; Garcilaso, con resignación y para obligar al caudillo a que le restituyese su insustituible corcel, nada hizo por conseguir otro, hasta que sólo cuatro días antes de Jaquejahuana, vió entrar por el zaguán de su casona a "Salinillas" y fué tanta su alegría que, como cuenta el hijo, "le pareció que se le había traído un ángel del cielo".

En la triste desbandada final, frente a los ejércitos del Rey, "Salinillas" condujo veloz a su señor al campo contrario.

Muchos años después, cuando ya no quedaba ni el recuerdo de "Salinillas" y su propio amo dormía en paz el eterno sueño, muy lejos del campo de sus hazañas, revive por obra de un meti-

culoso magistrado del Real y Supremo Consejo de Indias. Se está viendo una petición del joven Gómez Suárez de Figueroa, hijo del Capitán Garcilaso de la Vega.

Son fundadas las razones de la solicitud. Fueron grandes y muchos los servicios del Conquistador. Es justa la restitución de los bienes de la princesa incaica. El Consejo va a resolver favorablemente. Más, héte aquí al Licenciado don Lope, lanza como un brulote el argumento de que no se puede recompensar a los descendientes de un traidor a la Corona... Sensación. El joven petionario se turba, pero al recuperarse protesta. Es una calumnia. Su padre y señor fué leal, estuvo con Vaca de Castro, con la Audiencia, con la Gasea, siempre al servicio de S. M. Gonzalo Pizarro le hostilizó, mandó destruir su hogar, le privó de sus bienes, le retuvo prisionero tres años.

El consejero, airado, impuso silencio a quien se atrevía a contradecir la historia impresa. Ahí estaba, sobre el tapete, el libro de Diego Hernández el Palentino. Todo lo que el jovenzuelo ha dicho pudo ser cierto, se concede que lo fuera, y "Salinillas"?...

El Consejo mandó inscribir en el expediente el fatídico "No ha lugar".

LA OBRA DE TOLEDO

Es vano el intento de quienes quieren rehabilitar siniestros personajes históricos. Se cae, con frecuencia en el extremo incalificable por morboso, de trastornar los valores eternos. A nadie convencerá quien afirme que fué Nerón una buena persona.

En América está haciendo escuela el extraño propósito de santificar a los grandes bribones.

Por mucho tiempo abandonamos los nacidos en el Perú el escribir nuestra propia historia y hacer la crítica de los acontecimientos con el criterio y desde el punto de vista nacional. Vastas épocas de la vida peruana resultan así juzgadas por extranjeros, con el peligroso resultado de asistir impasibles a la más audaz adulteración de los hechos.

Animados por nuestra indiferencia, no faltan ahora libros que por allí circulan con aceptación en que se sostiene, por ejemplo, que todo el pasado del Perú precolombino es una fantasía. Nada de extraño que en la historia de la edad llamada "colonial" los peruanos resultemos ubicados en el limbo, ocupando toda la escena gigantes y cabezudos que lo hicieron todo. Nada que espante si en el período de la Independencia, impropriamente llamado de la Emancipación, sigamos igual suerte y ocupado otra vez

el tabladillo por semidioses que no habían nacido aquí. ¿Qué pueblo es éste que se halla por completo ausente de su propia historia? Pero la verdad es otra. Es preciso llegar a los lindes del cretinismo para negar la evidencia de las grandes culturas peruanas precolombinas. Se hace necesario confundirse en la más letal servidumbre para desconocer la obra extraordinaria de nuestro pueblo bajo la dominación española, atribuyéndolo todo a los opresores. Precisa haber llegado a la más baja abdicación de la dignidad de pueblo y de hombres para consentir en que se crea que amábamos las cadenas, cuando antes que ningún punto del vasto imperio colonial fué en el Perú que tuvimos mártires y héroes por la libertad del Continente, que se sacrificaron mil veces, ofreciendo la lección más sublime de amor patrio que había de fructificar cincuenta años después. Se nos ofrece el caso del virrey Francisco de Toledo como candidato a la canonización.

El Inca Garcilaso de la Vega será citado como abogado del diablo. Mas, los partidarios del nuevo santo habrá de emprenderla contra él, tratarán de derribarlo, porque saben que es muy fuerte su alegato.

En breves párrafos veamos qué dice el Inca acerca del Solón peruano. Relata la escena dramática entre Felipe II y el virrey Toledo, cuando éste de regreso del Perú visita al Monarca en su palacio.

“Recibió al Visorrey no con el aplauso que él esperaba sino “muy en contra y en breves palabras le dijo: “Que se fuese a su “casa, que S. M. no le había enviado al Perú para que matase re-
“yes sino que sirviese a reyes”. Con esto se salió de la presencia
“real, y se fué a su posada bien desconsolado del disfavor que no
“imaginaba”.

Admirable sanción que no se podía esperar del sombrío Felipe II. Mas, cuáles y cuántos no serían los crímenes que aquel Visorrey cometiera para producir el enojo y el disfavor de su rey.

Garcilaso los enumera compendiados “para no hacer odiosa nuestra historia”. Repitió acrecentada la monstruosidad de Cajamarca; superó en felonía a otro pretense santo, don Francisco Pizarro. Inmoló con frialdad viscosa, al inocente Tupac Amaru, todavía un niño. Esparció por todos los presidios de España y las Indias a cuantos descendían de los reyes incas, sin perdonar a niños y mujeres; los condenó a muerte lenta en inhóspitos parajes, con mayor crueldad que si fueran masacrados. Pero, esto no era sino el aperitivo de su obra nefanda sorda, ineruenta, hipócrita: sometió al entero pueblo indio al descuartizamiento, destruyendo sus pueblos, sus pequeñas aldeas milenarias, brotes naturales, como el árbol o el río, como la montaña o la fuente. Fundó las Re-

ducciones. ¿Sabemos, por ventura, qué significó aquello para las antiquísimas comunidades aborígenes? Era el desgarramiento de su cuerpo social, la muerte de su espíritu colectivo, la extracción violenta de tierra y cielo idolatrados, el abandono de sus muertos. Pero, todavía la obra no estaba consumada. Era preciso borrar la memoria de ese pueblo mártir, adulterar, falsificar sus anales. Pretendía convertir en tiranos a los incas paternos, en usurpadores a los legítimos jefes de aquella gran nación, para justificar, oh almas de leguleyo, el derecho de los monarcas de España al gobierno del Perú. Serían, entonces los redentores, los salvadores del pueblo contra la opresión incaica. Quedarían los pueblos indios bajo protección, convertido el territorio en una vasta “pensión protectora”.

Comprendiendo que debía herir en el corazón para consumar la muerte del pueblo indio, se trasladó al Cusco y en aquel solar de la nacionalidad peruana de todos los tiempos permaneció largo espacio, desarrollando sistemáticamente su tenebroso plan.

Sagaz y artero, ayudado de su cohorte de rúbulas inteligentes, como los Polo de Ondegardo, los Ruiz de Navamuel, los Loarte, de entendidos en ciencias profanas como Sarmiento de Gamboa y de teólogos de todos los jaezes, preparó la maquinaria para ir extrangulando metódicamente a los dueños de la tierra. Arma- zón sutilísima de normas de aspecto incaico muchas de ellas, forjó ese sabio instrumento que fueron las Ordenanzas de su nombre. Estaba consolidado el Virreinato.

El Solón aquel nos dejaba atados de pies y manos, inermes, en coma. Procedía tan minuciosa y precautivamente que incluyó en la deportación, léase la muerte, a todos los hijos de españoles en princesas indias. (Ay de tí Garcilaso, si diez años antes no emprendes la fuga).

Pero el señor don Francisco de Toledo, segundón de la ilustre Casa de los Condes de Oropesa, no regresó a España con las manos vacías (tintas en sangre). Regresar así del Perú habría sido inconcebible, y regresar sin buena fortunita amasada en tan propicia ocasión no se lo habría perdonado su propio confesor. Don Francisco de Toledo entró a Sevilla con una flota muy cargada de fabulosos tesoros.

Garcilaso el Inca nos cuenta un episodio muy sabroso. Es este:

“No faltaron émulos que avisaron al Consejo de la hacienda “real que sus criados y ministros habían cobrado su salario pesos “por ducados que como eran cuarenta mil ducados, tomaban cada año cuarenta mil pesos y que por el largo tiempo que el visorey había asistido en el gobierno de aquel imperio, pasaban de

“ciento y veinte mil ducados, los que se habían hecho de daño y “agravio a la hacienda real. Por lo cual los del Consejo de ella “mandaron embargar todo el oro y plata que don Francisco de “Toledo traía del Perú, hasta que se averiguase y sacase en claro “lo que pertenecía a la real hacienda. Don Francisco de Toledo “viendo el segundo disfavor que igualaba con el primero, cayó en “tanta tristeza y melancolía que murió en pocos días”.

No era para menos, porque lo que se llevaba del Perú aquel Solón no era menos de quinientos mil pesos de oro y plata, como el mismo Garcilaso lo apunta. Nuestro historiador ignoraba que Toledo había tomado también para sí, como rico botín, en la guerra contra el príncipe Tupac Amaru la vera imagen del sol, el Apu Punchau, contrahecha todo en oro y representando un niño como de doce años, así de porte natural. Y esto no es cuento ni presunción sino hecho probado, con fehacientes documentos, nada menos que una reclamación de los familiares de Toledo que reclamaban el sol... esta vez también antes de salir que no salió más del Tesoro Real, como bien se sabe.

Así era de santo y de sabio el Virrey don Francisco de Toledo. ¿Podrá actuar el abogado del diablo?

GARCILASO, CLASICO DE AMERICA

Es universal y unánime el juicio exaltatorio de Garcilaso como literato. Podrían constituir un gran volumen los elogios que se le han dirigido en tres siglos. Por el consenso de la crítica puede ser proclamado el primero y más grande escritor de América: el primero en el orden cronológico y en la jerarquía.

Mejor que todos los clásicos españoles reunidos, no excluyendo a Cervantes, debería América adoptarlo como autor primigenio, la lectura de cuyos libros debería declararse obligatoria en la enseñanza desde sus primeros grados. No tanto por la excelencia sin ponderación de su estilo sino por el contenido mismo de su obra. ¿Puede interesar a un genuino americano el tema del Quijote más que el argumento de “Los Comentarios?”

Si para la cultura universitaria es preciso y elemental conocer las obras maestras de los literatos de todos los tiempos y países, desde los clásicos griegos y romanos hasta Shakespeare, Cervantes y Goethe, para la cultura de América es piedra miliar Garcilaso el Inca, porque nadie antes que él ni mejor pintó la América en su paisaje ni describió la vida humana desenvuelta en él, desde los más remotos siglos. La emoción americana auténtica circula como potente savia.

Como estilo, Garcilaso aventaja a cuantos modelos pueden presentarse, porque logró introducir en la lengua castellana un soplo nuevo que la despojó de inútil grandilocuencia y decadente amaneramiento. Claridad, flexibilidad, sencillez adquirió en la pluma del ilustre cusqueño.

Los "Comentarios" son también, en la forma, una revolución de independencia. Consagró Garcilaso con su estilo la autonomía indoamericana. Mucho antes que el autor del Quijote escribiera admirables cláusulas como aquella que comienza: "En las quiebras de las peñas y en los huecos de los árboles formaban su república..." etc., nuestro clásico trazaba estas líneas antológicas: "Para lo cual ha de saberse que en aquella primera edad y antigua gentilidad, unos indios había poco mejores que bestias mansas y otros muchos peores que fieras bravas". O aquellas otras: De las grandezas y prosperidad pasadas venían a las cosas presentes: lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su república".

Nadie, en unas cuantas palabras, dió la sensación de majestad y grandeza de los Andes como él cuando escribe: "Al levante tiene por término aquella nunca jamás pisada de hombres, ni de animales, ni de aves, inaccesible cordillera de nieves".

Para qué multiplicar los ejemplos, si de principio a fin "Los Comentarios" y la "Florida del Inca" son monumento perenne de belleza literaria. Fué Garcilaso el primero en llamar al Cusco "La Roma en aquel Imperio".

Cederemos la palabra al autorisadísimo Riva Agüero:

"(Garcilaso) no es sólo el primero de nuestros prosistas en tiempo y en calidad, sino la personificación más alta y acabada de la índole literaria del Perú". Y agregará más tarde: "el Inca Garcilaso es el más perfecto representante y la más palmaria demostración del tipo literario peruano. Un mestizo cusqueño nacido al siguiente día de la Conquista, primero y superior ejemplar de la aleación de espíritus que instituye el peruanismo, nos descubre ya en sí, adultas y predominantes, las mismas cualidades finura y templanza, sensibilidad vivaz y tierna pero discreta, elegante parquedad, blanda ironía y dicción llana, limpia y donosa"....

Como Cervantes, Garcilaso fué un ingenio lego, como se apodaba entonces a quienes no se habían formado en universidades y academias. Autodidáctico meritísimo, aprovechó para cultivarse lo favorable de su aislamiento de la vida española. En su retiro de Montilla, durante sus estadas deleitosas en los alrededores de Córdoba, pudo refinar su espíritu con aprendizajes y lecturas que le eran indispensables para su técnica de escritor; pero la ausen-

cia de magisteres conservó la autonomía de su experiencia la frescura y la espontaneidad de su lenguaje, la originalidad de su estilo y pensamiento.

Riva Agüero, con el excepcional acierto que le asiste para juzgar al Inca, sintetizará en las siguientes palabras la figura intelectual del gran cuzqueño: “(entendimiento el suyo).. a la vez culto y medio incaico, prendado como todos los de su sangre, de un ideal de orden, regularidad y sosiego”, y encontrará en él todas las cualidades del genio clásico. Será el primero, con desconcertante anticipación, que escriba recuerdos de niñez y juventud, y el primero también—como lo observa Ventura García Calderón—que novela a la moderna, “enamorado del detalle expresivo”.

Y añadirá el mismo fino crítico: “Cincuenta cronistas han escrito con pluma rechinante o bien tallada las hazañas de sus contemporáneos: en ninguno hallamos, como en Garcilaso de la Vega Inca, el entusiasmo sin jactancia, la curiosidad por la anécdota pintoresca y precisa, la amenidad del “cronista”. La “epopeya en prosa” que imaginó y defendió Cervantes, la lleva a cabo un indio del Perú”.

Y cuando el venerable Markham examina los reparos hechos al Inca, concluye con este juicio consagratorio:

“Pero con todo el Inca seguirá siendo autoridad importante en materia de historia peruana y fascinará perpetuamente a sus lectores con el encanto de sus reminiscencias personales que ninguna crítica logrará empañar”.

Y hasta el ascético e inflexible Menéndez y Pelayo se retractará de cuanto dijo en menoscabo del autor de “Los Comentarios” que ya no serían para él una bella ficción sino el espejo de una poderosa realidad, una cabal obra de historia. En el primer momento, pudo parecerle sólo fruto de exaltada fantasía, así era de deslumbrador el cuadro

Si buscamos en la vida ya tan larga del Perú alguien que lo represente en la eternidad de los tiempos, un nombre y una obra que pudiera presentar en el concurso de la historia de la cultura humana, nadie sino el Inca Garcilaso lograría hacerlo con igual plenitud.

La misma proporción de sangre y de espíritu que formó la personalidad de Garcilaso, idéntica función psíquica y orgánica hallaremos en la personalidad del Perú que sólo podrá encontrarse cuando sepa que su esencia es india, que es indio el pedestal granítico y que lo demás que hace de él un componente de la sociedad contemporánea puede ser y es en efecto cristiano y español.

✓ GARCILASO Y HUAMAN POMA DE AYALA

Al mismo tiempo que, en un lugar de España, el hijo de la princesa Isabel Chimpú Ocello Huallpa Tupac Yupanqui escribía la historia de su patria, otro indio, Felipe Huaman Poma de Ayala, decendiente de los señores de Lucanas, Antamarca, Sircamarca y los Soras y príncipes de Chinchaysuyu, acometía igual empresa, con un empuje y una valentía verdaderamente épicas. Treinta años, más o menos el mismo tiempo que Garcilaso, empleó en preparar “Nueva Crónica y Buen Gobierno”, esa montaña de inaccesibles flancos al mismo tiempo que bosque de lujuriosa vegetación. Si “Los Comentarios” son la suma y compendio del saber oculto, la historia de la reyecía cusqueña, imperante cinco siglos, avasalladora y dominante en una mitad de América del Sur. “Nueva Crónica y Buen Gobierno” es un monumento de saber popular, la compilación más rica y variada del folklore peruano de los últimos años del Quinientos, cantera inagotable para el estudioso, selva virgen para el explorador de nuestra prehistoria.

Mientras “Los Comentarios Reales” pueden ser leídos de todo el mundo, puestos en las manos del niño y de la mujer, del labriego y del profesor, porque su límpido lenguaje es para todos ameno y comprensible, “Nueva Crónica y Buen Gobierno” es una obra para los especialistas, quienes precisan de conocer las lenguas principales del Perú antiguo así como la clave de esa pintoresca y sabrosa jerga indohispánica en que escribía el originalísimo indio sora.

Llegará un momento en que resulte más inteligible la “Nueva Crónica” y pueda hacerse más extensivo el placer inmenso que se experimenta en una excursión por sus páginas. Por mucho que sean interesantísimos los datos que ofrece sobre el Perú anterior a Colón, el más alto valor del libro está en la pintura grotesca, llena de picante ironía, de agudísimo humor, de la nueva sociedad que se va formando desde que los invasores asientan su planta en la tierra conquistada. Es el desquite más sangriento por la burla y el escarnio que pudo efectuar el indio, que se hace muy veladamente manifestó en las danzas satíricas como el Sijlla o en las escenografías de mates y vasos de madera, en las coplas y cantares, en fin, en otras tantas manifestaciones del alma popular, verdaderas válvulas de escape al resentimiento de los oprimidos. Desde este ángulo, Huaman Poma enfoca aquella zona penumbrosa por la que apenas pasó nuestro Garcilaso.

Conviene, sin embargo, hacer perentoriamente una advertencia. Mientras “Los Comentarios Reales” se escribieron y publi-

caron en España, ante las narices del Rey—no importa que la primera parte lo fuera en Portugal— la “Nueva Crónica y Buen Gobierno” se escribió en el Perú y no se publicó nunca. No habría llegado a publicarse y es un verdadero milagro que el manuscrito no fuera quemado y felizmente se perdiera para reaparecer trescientos años después... en Copenhague.

Estamos seguros que una minuciosa confrontación entre Garcilaso y Huaman Poma en lo que a la historia índica se refiere dará por fruto una extraordinaria armonía y concordancia. El uno y lo otro se completan admirablemente. Muy a la ligera podría señalarse ya ese acuerdo en lo que a la historia de los reyes se refiere, así como en cuanto a las instituciones del régimen incaico, lo relativo a la organización económica y política, leyendas como la de la piedra que lloró sangre, o relatos sobre los orígenes como aquel que menciona a Tokay Kapac y Pinau Kapaj que ambos consignan, con exclusión de otros cronistas. En fin, que sería prolijo enumerar las coincidencias, lo cual viene a garantizar la verdad firmemente sentada sobre muchos aspectos de la historia incaica que va perdiendo, de este modo, el carácter de hipotética o erigida a base de meros indicios o conjeturas, para convertirse en materia concreta, en hechos comprobados, en efectivo acontecer histórico.

Garcilaso y Huaman Poma de Ayala, pese a sus apellidos compuestos, a su aparente filiación hispánica, son dos grandes indios, columnas de Hércules de la Historia Mayor del Perú.

Biblioteca de Letras "Josep Puccinelli Casanovi" GARCILASO QUECHUISTA

Los veinte años primeros de su vida pasan bajo la autoridad y la influencia maternas, en el ambiente hogareño que, entonces como todavía hoy, es en el Cusco un ambiente indígena. El idioma de la intimidad, la lengua de la familia, es el quechua. A pesar de los cuatrocientos años trascurridos esta afirmación sigue siendo válida en gran parte de la sierra, pero sobre todo en el castizo solar del Incario.

Garcilaso hablaba, pues, el quechua como un indio. Y, emocionante prueba, después de cuarenta años de vivir en España, no lo ha olvidado, como lo reconoce el exigente Tschudi, cuando escribe: De todos los cronistas españoles (?) era Garcilaso el que tenía más conocimiento del quechua”.

En su proemio a los Comentarios, dice el Inca:

“En el discurso de la historia protestamos la verdad de ella y que no diremos cosa grande, que no sea autorizándola con los mismos historiadores españoles que la tocaron en parte o en to-

Riva Agüero escribe, entre 1910 y 11, precisamente casi treinta años atrás, la arqueología del Perú estaba en sus comienzos, no teníamos otro investigador que Max Uhle. Mas, en el tiempo transcurrido, las pruebas acumuladas sobre la calidad superlativa de la civilización del Perú aborígen son de tal magnitud, como el más lego puede apreciarlo en los grandes museos nacionales y particulares, que no cabe ya un juicio perorativo, si se procede con honradez y no se sirve inexplicables sectarismos.

“Donde más flaquea Garcilaso es en la religión indígena”— escribe Riva Agüero. Es uno de los reparos que ni él ha podido levantar, adhiriéndose a los que lo formulan. Y ese punto débil es, según los críticos, que Garcilaso sustentara la tesis de un mono-teísmo espiritualista entre los Incas. En este caso, como en otros muchos, precisa distinguir entre el pensamiento religioso de la “élite”, de la Clase de Señores o del grupo que encarnaba y difundía el espíritu de la cultura incaica y las creencias populares, múltiples y distintas, que profesaban las muchas naciones que componían el Imperio. Una fué la teología del Cusco y otra muy diferente la de las otras regiones que se le sometieron, y como la política de los Incas no tendía a desarraigar ni el idioma, ni la religión, ni las costumbres, ni el mismo gobierno local, es explicable que fuera difícil separar, discriminar, del denso conjunto, aquella doctrina que, por razón de clase, era mejor conocida por el Inca Garcilaso. Después del himnario religioso de los sacerdotes del Cusco, cuyo texto han conservado tan completo los más diversos compiladores como Cristóbal de Molina el cusqueño, Juan de Santa Cruz Pachacuti Salcamaygua y Felipe Huaman Poma de Ayala, no se puede quitar la razón que asistía a Garcilaso al sostener que sus antepasados concibieron un Ser Supremo, sin presencia visible, que podía estar en el cielo como en la tierra y que ellos invocaban como Creador. Una interpretación cada vez más en lo justo de las numerosas representaciones simbólicas que aparecen en el arte de los antiguos peruanos se aproxima a la concepción de un Gran Dios que anima todo lo existente y que se vale de todas las formas para hacer que se le presente en todos los momentos y aspectos de la vida.

¿Quién puede hoy, con todo lo que la investigación ha avanzado, sostener que fuera fetichismo el de los Incas? Cuánta razón tenía Garcilaso al distinguir entre “latria” y “dulia”, cosa que hace treinta años escandalizaba a su sabio defensor. Un estudio cada vez mejor dirigido sobre el acervo lingüístico, nos depara sorpresas extraordinarias, como ya comienza a percibirse con el examen del vocablo “Viracocha”, devuelto a su primitiva pureza e integridad de “Apu-Kon-Ti-Ti-Wira-Kocha”, Señor del

Agua, del Fuego, de la Tierra, de todo lo creado... O la etimología sencilla—que ya nadie puede discutir— de Pachacamac, “El animador o fecundador de la Tierra”, el creador en su sentido más profundo.

Queda finalmente el último y más difícil de dilucidar problema histórico relativo a los sacrificios humanos. Garcilaso distingue con acierto entre el suicidio funeral de mujeres y servidores y la inmolación humana; niega esta última terminantemente. La totalidad de los historiadores participan de su criterio en cuanto se refiere al sacrificio de adultos pero no le acompañan en lo absoluto de su afirmación porque estiman que hay pruebas suficientes de que lo hubo de niños.

La investigación arqueológica podría inclinarse por este extremo; porque se han encontrado cuerpos de criaturas muy tiernas en las huacas y santuarios. El mero hallazgo tampoco es prueba sustantiva, mientras no se demuestre la inmolación. De todos modos, Garcilaso no mintió, pudo ocultársele esa práctica excepcional que repugnaba al nuevo espíritu.

LOS COMENTARIOS Y SU RESONANCIA UNIVERSAL

Tarde como siempre la administración española se dió cuenta del profundo sentido revolucionario de la obra del Inca historiador. Recién por la resonancia interna y mundial que adquiriera comenzaron a leer en la interlínea y a interpretar la preterición. Fué necesario que una tremenda convulsión política remeciera desde sus cimientos el Estado español de Ultramar a finales del siglo XVIII con el levantamiento de José Gabriel Condorcanqui, para que los curiales despertaran de su confiado sueño. “Son muchos los abusos—comienza diciendo la Real Orden Reservada de 21 de abril de 1782—de que están poseídos los indios de ese reino del Perú y demás provincias y de ellos han nacido sus costumbres detestables en muchas cosas; entre el todo de sus desórdenes y entusiasmos es de notar muy principalmente la ninguna solemnidad y verdad con que se persuaden a que sus entroncamientos o descendencia de los primitivos reyes gentiles les da derecho a ser nobles y apellidarse Inca”. Y más adelante comprueba “este desorden envejecido y no reflexionado”.

¿Quién sino Garcilaso había exaltado la grandeza del reino fenecido y mostrara como el mayor timbre de orgullo descender de aquellos Incas buenos y paternales que tanto contrastaban con los Carlos y Felipes, despóticos y crueles, máximos frutos de una corrompida reyecía usurpadora?

¿Quién sino el cusqueño insigne criticó más valientemente la obra destructiva de los invasores, sembrando la semilla de justas reivindicaciones, de futuros e inevitables movimientos de conciencia étnica, de liberación política y cultural?

¿Quién sino él enrostró al bárbaro conquistador el crimen que cometiera arrasando un Imperio que era espejo y modelo de justicia, de probidad y de grandeza humana?

Nadie había osado hasta él poner a la América, al Perú sobre todo, a la misma altura de los pueblos próceres de todos los tiempos, comparando su civilización a las más antiguas y prestigiosas y sus reyes frente y por encima de los más eminentes de la historia universal. El estudio de sus instituciones, modelo de justicia social, había conmovido a los ingenios más agudos, a los humanistas esclarecidos de la orgullosa Europa, fecundando las conciencias libres hasta producir los primeros frutos del pensamiento revolucionario en velada forma de Utopías y Ciudades del Sol.

Si en el Perú su libro era el evangelio de los oprimidos y la visión de la Jerusalén reconquistada de las razas nativas, en Europa fué el germinal de las grandes renovaciones del pensamiento político y económico que, por caminos diversos, por rutas a veces contradictorias, hace su épica ascensión de siglos, que nunca fueron fulminantes los cambios sustanciales en el espíritu humano.

Decía la Real Orden Reservada con cauteloso acento:

“Igualmente quiere el Rey con la misma reserva procure
“V. E. recoger sagazmente la historia del Inca Garcilaso, donde
“han aprendido esos naturales muchas cosas perjudiciales y los
“otros papeles detractorios de los tribunales magistrados del reino
“no que andan impresos de un tiempo en que se les creyeron inocentes,
“aunque nunca debió permitirse la profesía supuesta del prefacio
“de la historia; para este fin prevengo a V. E. de orden de S. M. se valga
“de cuantos medios regulares sean conducentes; aunque sea haciendo
“comprar los ejemplares de estas obras por terceras personas de toda
“confianza y secreto; y pagándolas de la Real Audiencia; pues tanto
“importa el que llegue a verificarse su recogimiento, para que
“queden esos naturales sin ese motivo más de vivificar sus malas
“costumbres con semejantes documentos” etc.

En este documento se refleja nítido el espíritu torvo, inquisitorial, pero a la vez pávido y tortuoso del gobernante español. Tiemblan los tiranos cuando un rayo de luz se filtra en lo que ellos quisieran tinieblas absolutas. Los hierros de las mazmorras no son suficientemente sólidas para la acción erosiva de las ideas. El

Perú y la América encadenadas al poder tiránico de los reyes de España estaban abiertos—pese a todas las precauciones— a las nuevas doctrinas. Pero, con razón, más temibles eran las páginas de Garcilaso que llegaban al alma de los nativos que las disertaciones teóricas de los Rousseau, Montesquieu o D'Alembert. Habían de penetrar hasta las raíces mismas del mundo americano las palabras empapadas de emoción, vivas, con sangre india, que destilaban silenciosa, ocultamente, los “Comentarios Reales” del Indio que llamaba sus hermanos al mestizo y al criollo.

LUIS E. VALCÁRCEL.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»